Trece cuentos para Ingrid

Concurso Internacional de Cuento Corto
Dra. Ingrid Waisman

ISBN 978-987-688-449-5
e-book

UniRío editora

Trece Cuentos para Ingrid

SADE Río Cuarto, Sociedad Argentina de Escritores, Narradores Orales y Afines – Asociación civil

Con el patrocinio de la Subsecretaría de Cultura de la Municipalidad de Río Cuarto, el Concejo Deliberante de Río Cuarto y UniRío editora de la Universidad Nacional de Río Cuarto

Universidad Nacional de Río Cuarto
Río Cuarto – Córdoba - Argentina

Trece cuentos para Ingrid / María Fernanda Delaloye ... [et al.]. - 1a ed - Río
Cuarto : UniRío Editora ; SADE, 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-688-449-5

1. Narrativa. 2. Cuentos. I. Delaloye, María Fernanda
CDD A863

2021 © *UniRío editoria*
Universidad Nacional de Río Cuarto
Ruta Nacional 36 km 601 – (X5804) Río Cuarto
Tel.: 54 (358) 467 6309
editorial@rec.unrc.edu.ar
www.unirioeditora.com.ar

Primera edición: septiembre de 2021
ISBN 978-987-688-449-5
Diseño de edición: Equipo UniRío Editora

Este obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución 2.5 Argentina.
http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/ar/deed.es_AR

Uni. Tres primeras letras de “Universidad”. Uso popular muy nuestro; la Uni. Universidad del latín “universitas” (personas dedicadas al ocio del saber), se contextualiza para nosotros en nuestro anclaje territorial y en la concepción de conocimientos y saberes construidos y compartidos socialmente.

El río. Celeste y Naranja. El agua y la arena de nuestro Río Cuarto en constante confluencia y devenir.

La gota. El acento y el impacto visual: agua en un movimiento de vuelo libre de un “nosotros”. Conocimiento que circula y calma la sed.

UniRío editora
Universidad Nacional de Río Cuarto
Secretaría Académica

Consejo Editorial

Facultad de Agronomía y Veterinaria
Prof. Mercedes Ibañez y Prof. Mercedes Carranza

Facultad de Ciencias Económicas
Prof. Ana Vianco

Facultad de Ciencias Exactas, Físico-Químicas y Naturales
Prof. Sandra Miskoski

Facultad de Ciencias Humanas
Prof. Gabriel Carini

Facultad de Ingeniería
Prof. Marcelo Alcoba

Biblioteca Central Juan Filloy
Bibl. Claudia Rodríguez y Prof. Mónica Torreta

Secretaría Académica
Prof. Ana Vogliotti y Prof. José Di Marco

Equipo Editorial

Secretaria Académica: *Ana Vogliotti*
Director: *José Di Marco*
Equipo: *José Luis Ammann, Daniel Ferniot, Maximiliano Brito, Ana Carolina Savino, Marcela Rapetti, Lara Oviedo, y Roberto Guardia*

Índice

Trece cuentos para Ingrid.....7
Comunicado de prensa 9
Los criterios generales.....12

Primer premio
La feria de la familia
María Fernanda Delaloye 13

Menciones (sin orden de méritos)
Patojo
Estíbaliz Madrazo San Emeterio 21
Tocar madera
Alejandro Manríquez Trajtem-berg 26
Tristeza, frío y barro
Emilio Galdós.....34
El perro y París
Florencia Sokol.....39
Lumbrera
Armando Ochoa Pérez 47
Minuto 93
Marcelo Galliano.....55
Silencio
Jeremías Asensio Marconi 61
Nuestras respetadas sectas
Eva Lázaro Lafuente.....69
La belleza quita penas
Facundo Yedro 77
Antes del fuego
Eduardo Hugo Jaramillo Muñoz 82
Las cajitas de Malena
Nanci María Noemí Vilalta 89
Camándulas
María Paula Vettorazzi 94

Trece cuentos para Ingrid

"Ojalá que cuando me llegue el día, alguien me sostenga en su cariño, me perpetúe a través del afecto; será la prueba más honda de que no habré vivido en vano".
Julio Cortázar

De ese sentimiento, de esa melancolía, nace este libro, con el objetivo de mantener en la memoria a quien dejó huella en nosotros con su sensibilidad para la belleza, valor para enfrentar riesgos y capacidad de ofrenda admirable.

Ingrid Waisman, médica, científica e investigadora, fue miembro de la Comisión Directiva de SADE Río Cuarto e integrante de los talleres de narrativa dictados en la institución por Rubén Padula. Junto a Noris Barro, coordinó el taller de narrativa de SADE. Este concurso de cuentos en su nombre es una celebración, un homenaje a una mujer multifacética del que participaron más de mil doscientos escritores y escritoras de diferentes lugares del mundo, en un acontecer de historias inquietantes, de ficciones que alcanzan su sentido en pequeños o grandes actos de consecuencias inesperadas. Leer cada cuento fue abrirse a lo desconocido, a los personajes más diversos, a la intensidad de la vida.

Cada cuento recibido fue leído y tratado con respeto, rigor y capacidad de juicio por nuestro jurado. El talento demostrado en los mismos lo ameritaba. Los géneros variados sorprendieron por su creatividad, la agudeza o sutileza de sus tramas y estilos, que, acordes a cada país de origen, demandaron una lectura cuidada, un interés particular para su clasificación.

Ese encuentro privado con cada texto y cada autor superó las expectativas de este concurso y la elección del cuento ganador y las doce menciones provocaron un desafío. Convencidos de la calidad de la selección, solo resta esta publicación y el agradecimiento profundo a todos los participantes, la entrega de quienes creen y saben que la literatura nos

rescata en el recuerdo. También resta agradecer profundamente la labor noble y desinteresada del jurado, compuesto por las escritoras Noris Barro, Lucía Maina Waisman y el escritor Rubén Padula.

Río Cuarto, 10 de diciembre de 2020

Justo Sorondo Ovando — Presidente

Gonzalo Otero Pizarro — Secretario

SADE Río Cuarto

Comunicado de prensa

El Jurado del Concurso Internacional de Cuento Corto "Dra. Ingrid Waisman", integrado por las escritoras riocuartenses Noris Barro y Lucía Maina Waisman y el escritor Rubén Padula, se ha expedido en el día de hoy, determinando los siguientes premios:

Primer premio

Cuento "La feria de la familia", de María Fernanda Delaloye, de nacionalidad argentina (ciudad de San José, Entre Ríos, Argentina), seudónimo: Martina Gaitán.

Menciones (sin orden de méritos)

- Cuento "Patojo", de Estíbaliz Madrazo San Emeterio, de nacionalidad española (ciudad de Buenos Aires, Argentina), seudónimo: Marea.
- Cuento "Tocar madera", de Alejandro Manríquez Trajtemberg, de nacionalidad chilena (ciudad de Santiago, Chile), seudónimo: Cabro Chilco.
- Cuento "Tristeza, frío y barro", de Emilio Galdós, de nacionalidad argentina (ciudad de Olavarría, Buenos Aires, Argentina), seudónimo: Rocamadour.
- Cuento "El perro y París", de Florencia Sokol, de nacionalidad argentina (ciudad de Buenos Aires, Argentina), seudónimo: Malta Kanoo.
- Cuento "Lumbrera", de Armando Ochoa Pérez, de nacionalidad cubana (ciudad de Holguín, Cuba), seudónimo: Pedro Loco.
- Cuento "Minuto 93", de Marcelo Galliano, de nacionalidad argentina (ciudad de Buenos Aires, Argentina), seudónimo: Tictac de Carrillón.

- Cuento "Silencio", de Jeremías Asensio Marconi, de nacionalidad argentina (ciudad de Béccar, Buenos Aires, Argentina), seudónimo: Ramón Corajes.
- Cuento "Nuestras respetadas sectas", de Eva Lázaro Lafuente, de nacionalidad española (ciudad de Cartes, Cantabria, España), seudónimo: Teo Baruque.
- Cuento "La belleza quita penas", de Facundo Yedro, de nacionalidad argentina (ciudad de Río Cuarto, Córdoba, Argentina), seudónimo: Señor Thompson.
- Cuento "Antes del fuego", de Eduardo Hugo Jaramillo Muñoz, de nacionalidad ecuatoriana (ciudad de Quito, Ecuador), seudónimo: Cuenfuego.
- Cuento "Las cajitas de Malena", de Nanci María Noemí Vilalta, de nacionalidad argentina (ciudad de San Lorenzo, Santa Fe, Argentina, seudónimo: José V.
- Cuento "Camándulas", de María Paula Vettorazzi, de nacionalidad argentina (ciudad de Río Cuarto, Córdoba, Argentina), seudónimo: Santa Bertinata.

El primer premio está dotado con la cantidad de veinte mil pesos ($ 20.000) y la participación en primer término en la edición digital de un libro que será publicado en 2021 por la UniRío editora de la Universidad Nacional de Río Cuarto.

Las menciones están dotadas de la participación, sin orden de méritos, en la edición digital del mencionado libro.

Es de señalar que, si bien originalmente se había determinado que las menciones serían diez, el jurado encontró necesario establecer doce menciones, atento a la igualdad de calificación que varias obras presentadas habían obtenido, no pudiéndose excluir a ninguna, posición que fue aceptada por la entidad organizadora.

El Concurso Internacional de Cuento Corto "Dra. Ingrid Waisman", organizado por la SADE de Río Cuarto, en homenaje a la honorable científica e investigadora mencionada, que fue además coordinadora de talleres de escritura y miembro de la comisión directiva de dicha entidad, contó

con el patrocinio de la Subsecretaría de Cultura de la Municipalidad de Río Cuarto, el Concejo Deliberante de la ciudad de Río Cuarto y UniRío editora, editorial de la Universidad Nacional de Río Cuarto.

Debe destacarse que el concurso era abierto a escritores y escritoras de lengua castellana con residencia en cualquier país, amplia condición de apertura que promovió que la convocatoria llegase a 1245 participantes, siendo 714 residentes en la Argentina y 531 residentes en veinticinco países, la mayoría de habla castellana.

Al cierre del concurso, se contabilizaron 32 obras de nuestra ciudad, 12 de otras localidades del departamento de Río Cuarto y 77 del resto de la provincia de Córdoba, totalizando así 121 los cordobeses aspirantes al premio y las menciones.

En orden al resto de nuestro país, se presentaron 194 obras de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 233 de la provincia de Buenos Aires, 3 de Catamarca, 5 de Corrientes, 15 de Chubut, 8 de Entre Ríos, 3 de Jujuy, 11 de La Pampa, 1 de La Rioja, 16 de Mendoza, 4 de Misiones, 5 de Río Negro, 5 de Salta, 2 de San Juan, 8 de San Luis, 7 de Santiago del Estero, 5 de Santa Cruz, 57 de Santa Fe, 3 de Tierra del Fuego, 8 de Tucumán, 2 del Chaco y 8 del Neuquén.

Del extranjero se recibieron 2 cuentos de Alemania, 5 de Bolivia, 4 del Brasil, 1 de Canadá, 101 de Colombia, 4 de Costa Rica, 36 de Cuba, 43 de Chile, 15 del Ecuador, 4 de El Salvador, 98 de España, 8 de los Estados Unidos, 2 de Guatemala, 2 de Holanda, 4 de Italia, 2 de Israel, 86 de Méjico, 3 de Panamá, 8 de Paraguay, 41 del Perú, 10 de la República Dominicana, 1 de Rusia, 1 de Suiza, 14 de Uruguay y 36 de Venezuela.

Río Cuarto, 10 de diciembre de 2020

Justo Sorondo Ovando — Presidente

Gonzalo Otero Pizarro — Secretario

SADE Río Cuarto

Los criterios generales

A la hora de pensar en los criterios generales para la selección de textos, hemos priorizados el *cómo* al *qué*, es decir, la originalidad de la forma sobre la temática de estos. En otras palabras, hemos antepuesto la variedad de recursos utilizados, el ritmo de la narración y la belleza del texto. Por supuesto, son categorías discutibles, pero a modo general creo que coincidiremos en que la armonía, la musicalidad y la coherencia forman parte de ese concepto de bello.

Rubén Padula

Al final de cada cuento se han añadido algunos de los comentarios más jugosos de los miembros del jurado, que entendemos interesantes para comprender los criterios generales mencionados con anterioridad, los que el mismo jurado se impuso y nosotros compartimos.

SADE Río Cuarto

La feria de la familia

María Fernanda Delaloye[1]

1 Oriunda de la ciudad de San José, Entre Ríos, Argentina. Seudónimo: Martina Gaitán. Escribió y publicó artículos académicos. "La feria de la familia" es su primera obra de ficción.

Gastón conduce hacia la feria, finge estar concentrado en el tránsito, pero yo sé que va pensando, piensa y duda, como duda de todo. Observo a través de la ventanilla cómo el viento otoñal desplumó los fresnos que hasta la semana pasada conservaban algo de su ropaje. Las hojas, de un amarillo muy intenso, se arremolinan y barren la tierra seca de un lugar a otro. De eso se trata, pienso, de cerrar un ciclo y hacer espacio para lo nuevo.

Estoy convencida de donarlo. Cuando decidimos reproducirnos lo hicimos por tedio. Aunque no todos lo asuman, es el móvil de muchas parejas. Siete años atrás las cosas eran distintas. Ahora no se me ocurriría parir y pasar por un embarazo, dar la teta, dormir poco; no volvería a transitar todo eso con tantas parejas a la espera para donar a sus criaturas.

Nos equivocamos. Juan no trajo alegría. Es un niño callado, obediente, solitario. Una carga pesada. No quiero desentenderme de mi parte, pero tiene mucho de Gastón y en casa con el padre tengo suficiente. De hecho, en lo personal, albergaba en la maternidad la ilusión de renovar el aire de la casa. Pero Juan potenció todo lo que quería erradicar. Al principio registramos aquellas particularidades como virtudes. Luego pensamos que tenía algún trastorno dentro del espectro autista, pero al descartar esa posibilidad, nos resignamos.

Cuando cumplió cinco años comencé a pensar en donarlo. Maceré la idea durante un buen tiempo antes de comunicársela a Gastón. Recuerdo el primer domingo que vinimos a la feria, había muchísima oferta. Era la primera de este tipo que se hacía en Argentina y como ocurre con todas las novedades, más aun las que siguen un modelo europeo, era un éxito. Si éxito es la palabra adecuada. La mayoría de los infantes-mayores, los N600 entre 10-13 años, andaban sueltos entre los paseantes vestidos de blanco. Exponían en su frente el código QW que escaneábamos con cualquier dispositivo, incluso con los viejos lectores QR, para leer su descripción. Los más pequeños, los N400 entre 3 y 5 años, se ubicaban en cubículos de acrílico ambientados en tonos pasteles, entre juguetes y almohadones. Al situarnos frente

al *information point* de cada stand accedíamos al micro biopic de 35 segundos. De esta manera nos enteramos que en la mayoría de los casos se trataba de chicos con diagnósticos de hiperactividad y déficit de atención. El contraste entre esas criaturas tan inquietas y la inmutabilidad de Juan me hizo reflexionar. Aproveché la oportunidad y le dije a Gastón que con gusto aceptaría un trueque. Fue más que un chiste. Apenas hizo mueca: entre asombro, risa y, tal vez, miedo.

En estos dos años desde aquella primera vez, hemos vuelto muchas veces, siempre los tres. Más de un domingo paseamos en silencio. Así fue como, sin darnos cuenta, fuimos poniendo el tema de la donación en agenda. Un día le dije a Gastón que Juan estaba próximo a cumplir su primer septenio y que me parecía el momento ideal para que se incorporara al mundo. Estaba listo y nosotros también.

Hoy el trayecto de casa a la feria me parece eterno. Llegamos a la exposición y le damos los papeles de los chequeos médicos a la encargada. La mujer los inspecciona sin prisa. Me impacienta la parsimonia de sus movimientos. Finalmente pone el sello de "apto" y firma con desgano, como lo hacían antes los empleados del banco cuando resolver cualquier trámite insumía una mañana. Da vuelta la página y nos pregunta las razones. Sin dar detalles, y tal como habíamos conversado previamente con Gastón, digo que se trata de un niño muy triste, que no resultó lo que esperábamos y que teníamos otros planes al momento de formar una familia. Transcribe mis palabras sin mirarnos, gesto que le agradezco.

La feria desborda de gente, es un hermoso día. Entre tienda y tienda se puede palpar el otoño. No tenemos intenciones de trueque o, para ponerlo en los términos de la feria, "Intercambio de Mutuo Acuerdo", pero aún nos queda tiempo hasta que abra nuestro sector y aprovechamos para dar una vuelta. Igual que cuando todavía no nos habíamos decidido a dejarlo. Aunque claro está que tomar la decisión nos llevó más que algunos domingos. El niño camina detrás de nosotros, tal vez sin entender. No hace problemas, no se aburre,

no pide que le compremos nada, no hace preguntas, no habla si no es imprescindible.

En el sector de novedades hay una carpa colosal. En la entrada hay un letrero adornado con unos banderines hechos con blondas que bailan al ritmo del viento. El cartel dice: "Adopte un abuelo y lleve la sabiduría legendaria de la tercera edad a su hogar". Y con letras más chicas: "Estancia mínima de dos años. Incluye seguro médico no farmacéutico. En caso de deceso se repone con otro ejemplar de similares características dentro de las 72 horas. Gastos de sepelio a cargo de la Fundación Feria de la Familia S.A.".

Adentro hay dos secciones bien diferenciadas, incluso desde la paleta de colores que ambienta cada espacio. Justo en la mitad de los segmentos, cuando se chocan los colores, en altura, cuelga un tablero digital, como los que se usan en los partidos de básquet. Detalla las operaciones concretadas de un sector y de otro y también las consultas. Esos tableros están generalmente cuando hay un espacio nuevo, sin embargo, hoy me parece una idea maliciosa, como si se intentara promover una rivalidad inútil.

A pesar de ser la novedad del domingo no hay tanta gente dentro de la carpa y me gusta porque se puede caminar sin rozar con nadie.

— ¿Derecha o izquierda? —pregunta Gastón con una sonrisa disimulada al tiempo que vira hacia la derecha donde están los abuelos y abuelas "Convencionales, para encariñarse y aprender", así dice el cartel. Arriba de cada stand junto con el nombre, edad y patologías crónicas se narra una breve leyenda en cuyo texto se incluyen detalles relevantes. Distraída leyendo los carteles me choco con Juan que se detuvo a observar a una abuela.

—¿Qué tiene? —pregunto.

—Me parece que está llorando —dice Gastón. Nos quedamos mirándola parados frente al cubículo. Se ve a una señora de espaldas petisa, un poco gorda, con pollera y el pelo blanco apenas ondulado y corto. La señora limpia con un paño húmedo las hojas de una planta casi de su misma altura, una por una. Toma la hoja con la mano izquierda

que le cubre la totalidad de su mano; con la derecha acaricia con delicadeza una mitad. Comienza desde el tallo y va cuidadosamente limpiando cada parte, parece guiarse por las nervaduras blancas que resaltan en el verde intenso, hasta llegar al ápice. Luego repite el procedimiento con la otra mitad. Con la cara superior de la mano derecha, cada tanto, seca un ojo y luego otro como replicando la acción de hacerlo por partes.

—Gastón, es estrategia. Lo hacen los N600 y N500. ¿Pensás que no lo van a hacer los viejos? Hoy estás más sensible, es eso. Vamos —le digo y lo abrazo al tiempo que miro para atrás y para ver si está Juan. Le ofrezco la otra mano, me responde con una mueca por sonrisa, el mismo gesto del padre, y me extiende su manecita. Caminamos los tres ensamblados por un momento. Hago tres pasos, marchamos de manera torpe y recuerdo por qué nunca paseamos así: es muy difícil acompasar los ritmos de tres personas. Siempre pienso cuando veo familias caminando juntas que impostan una imagen y que si no son todos al menos uno va en un ritmo contra natura. Pienso, es una alegoría de la vida en familia.

Vemos otro abuelo rodeado de plantas.

—Están clasificados por atributos, Gastón, ¿te diste cuenta? Acá están los que alegan conocimientos en jardinería. Mirá allá —señalo con la mano— quienes tienen dotes musicales; más allá, habilidades en cocina; vasta sabiduría intercultural, poetas y cuenta cuentos. ¡Hay para todos los gustos!

—No me había dado cuenta, es cierto. La organización de la feria es muy ocurrente.

En el ala izquierda se hallan quienes capturan todas las miradas aunque no por eso concretan las adopciones, de acuerdo con los números que arroja el tablero. Nos acercamos al cartel grande que expone: "Excentricidades, vidas para deslumbrarse". La mayoría de los visitantes se agolpa frente a las placas acrílicas de estos stands porque son temáticos y están muy bien ornamentados: "Excombatientes", "Originales hippies", "Personal de embarcación". En este sector hay tanta gente que caminás y te rozan. Mi ter-

mómetro social me indica que hay demasiadas personas. Un campanazo nos saca de la contemplación, el tablero se ilumina con luces de neón doradas que titilan: los convencionales escalaron un punto ampliando la ventaja. Juan me toma de la mano, siento la tibieza y la suavidad de la suya. Me había olvidado que estaba y creo que Gastón también.

—¿Te asustaste, amor? No pasa nada. Esa campana significa que algún abuelito o abuelita consiguió un hogar —lo acerco a mi cuerpo y lo empollo con mi brazo. Me sorprendo de su altura, su cabeza llega casi a mi axila—. Gastón, salgamos. Esto parece el mercado de Liniers rematando viejos. No me gusta.

—No entiendo tus parámetros morales —dice y me mira perplejo.

El aire fresco me despabila. Los viejos tienen el don de caldear cualquier ambiente por más encerrados en cubículos que estén. Noto que aumentó el sector de Progenitores en Tránsito. La mayoría de las gestiones se trata de parejas que solicitan la adopción temporal de dos años. En cualquier caso un hijo siempre es un impedimento o una carga muy pesada de transportar.

—¿Te diste cuenta que casi se duplicó la oferta en menos de un mes? En febrero había 20 ejemplares en exposición y ahora hay 38. Es un montón. ¿Cuántas de esas parejas seguirán con ganas de volver a ser padres después de dos años? —pregunto en voz alta para que Gastón me escuche, pero sin la intención de que responda—. Es probable que a su regreso estén de nuevo aquí, ofertándolos pero esta vez de manera definitiva —como supuse, no acotó nada.

—Este sistema de ferias resuelve muchas cosas. Mi papá nunca pudo superar que mamá se enamorara de otro tipo y lo dejara; pensá, Gastón, pensá en lo ridículo; eso a estos pibes no les va a pasar. No son de nadie: son del viento. Como nosotros, como todos, solo que ellos lo tienen claro desde pequeños. Cambiá el chip, cortala con esa culpa decimonónica, por favor. Las cosas son diferentes ahora, no podés seguir pensando igual.

Finalmente, llegamos a nuestro sector, el despacho de donaciones. Entregamos los papeles del apto físico, la documentación y sus objetos personales de carga liviana. La empleada de la feria, que está afuera de la tienda en una mesa que oficia de escritorio sentada al sol, recibe los papeles. Busca con la vista el "apto" que aparece en la última hoja. Cuando lo encuentra, se levanta y nos hace un gesto con la mano para que entremos y lo ubiquemos en el depósito. Rotula la caja con las pertenencias de Juan y entra a la tienda para colocarlas en un box que ya tenía su nombre.

La seguimos, dentro vemos una pérgola inmensa y hermosa de hierro forjado. A pesar de que hay siete u ocho niños, el único ruido que se escucha es el de la encargada acomodando la caja. Las criaturas están bien peinadas y vestidas. Un niño llora y otros lo consuelan, pero al arrimarnos todos se dan vuelta y el silencio se hace más hondo y oscuro. Con el pulgar acaricio las cutículas, siento los dedos helados. Un escalofrío me recorre el cuerpo. ¿Estará Juan lo suficientemente abrigado?

Nos acercamos hasta la puerta y nos agachamos para ponernos a su altura, es lo que hacemos cuando vamos a decirle algo importante y queremos captar toda su atención. No lo compruebo, pero es probable que no haga falta: siempre está atento a todo. Lo tomo por los hombros, palpo a través de la ropa sus huesos puntiagudos y diminutos. Confirmo que estaba desabrigado, me quito el abrigo y lo envuelvo con mi ruana cuadrillé. Apenas alcanzo a decirle que entre, un nudo en la garganta me impide modular cualquier otra explicación. Lo miro a los ojos y vacilo. Siempre obediente, entra. Cerramos la reja y nos quedamos observándolo. Parece que estuviéramos enjaulando un pajarito. Se queda parado, inmóvil. Envuelto con mi ruana que roza el piso con los flecos, no se distinguen los brazos. Mira a su alrededor, da media vuelta y nos clava los ojos como pidiendo una explicación, sin parpadear. Me repongo rápido y le digo con voz clara y despejada que juegue un rato con los chicos, que nosotros vamos a buscar otros padres, unos buenos padres para él. Gastón apenas lo saluda con la mano.

Escribir desde la ciencia ficción y la distopía es, sin dudas, un desafío inmenso en presente marcado por sensaciones apocalípticas. La feria de la familia lo logra: un relato que combina la dosis justa y necesaria del realismo y la psicología de nuestra época con la crueldad que desde la ficción desnuda hasta dónde puede llevarnos la crisis de valores que atravesamos. Una crítica social inteligente y sutil a la creciente deshumanización que acecha en la cultura actual.

Lucía Maina Waisman

Un cuento ficcional que lo abarca todo: pasado, presente y futuro. La voz del narrador en primera persona me suena narrativamente honrada. El estilo es directo, no se guarda nada de lo que piensa, desarrolla la trama sin vueltas, con claridad y llaneza: estamos atravesando con el narrador un tiempo donde ese acontecimiento existe y nos proporciona datos, nos sitúa en el tiempo y nos muestra el escenario. Este argumento temporal se une a la causalidad; el suceso es una transgresión para nuestra normalidad, pero la acción es una transformación que puede estar cerca. Los personajes están definidos física y psicológicamente, detallados cada vez que los menciona para conmovernos cada vez que aparecen. El tiempo presente por momentos se vuelve anacrónico en recuerdos del pasado que nos explican la decisión. Trato de escribir una ficha técnica para ser correcta, pero en realidad me caminé esa feria cinco, seis veces, con una angustia enorme, deseando cada vez que ese final implacable no sucediera y aplaudiendo a la autora por la valentía de escribirlo.

Noris Barro

Es de una crudeza inaudita, así contada como si nada ocurriera y están pasando las peores tragedias, las cosas más horribles, como si ya hubiéramos llegado a un grado de inhumanidad donde todo es posible. Sin desperdicio. Es un cuento revulsivo, contado con una naturalidad pasmosa, nos quiebra, nos interpela y, encima, está muy bien escrito, sin golpes bajos, sin lugares comunes.

Rubén Padula

Patojo

Estíbaliz Madrazo San Emeterio[2]

2 De nacionalidad española, residente de la ciudad de Buenos Aires. Seudónimo: Marea. Estudió Filología Hispánica, con especialidad en Literatura. Profesora y coordinadora de talleres; ganadora y jurado de certámenes literarios. Fue coordinadora del Taller Literario de la Universidad de Deusto y profesora de escritura creativa para personas privadas de libertad.

Comunidad q'eqchi' en el Ixcan
(Guatemala), 1973.

Pedro nació y murió y no lo vieron. Solo aquella noche en el monte. Era el número tres de una marimba de siete. Su madre, en el comal, veía inflarse las tortillas y las daba vuelta. Pedro era oscuro y lleno de tierra.

En el tiempo del conflicto armado, era un patojo que temía a las víboras y a las tablas de multiplicar. Los mayores temían al ejército y se escondían en la selva, más antigua que los mayas más antiguos. Él jugaba a esconderse con los otros niños, distinguiendo bien el juego de la vida.

No lo miraban mucho en ese tiempo, a no ser que se enfermara o tuviera que cuidar de los pequeños. Pero casi siempre era su hermana Marta la que los cargaba, limpiaba, cantaba. Pedro la miraba a veces con sorpresa: parecía un duende su hermana, un espíritu silencioso y ágil. Nunca estaba muy contenta, pero sabía hacer de todo y tenía todas las respuestas.

Cuando se fueron al monte, Pedro extrañaba sobre todo la pila de casa. Le gustaba lavar la ropa y los trastes, aunque otros niños lo cargaran por eso.

Lo bueno de huir es que no hay escuela. El cura flaco que iba con ellos se empeñaba en darles clase algunos días, pero era fácil convencerlo para cambiar la aritmética por historias. Pedro amaba las historias. Quería ser todas las vidas de todos los cuentos y en los cuentos se veía. Aunque nadie más lo viera, él se veía.

El padre narraba despacio, por el asma y porque iba inventando mientras decía. Marta miraba al piso y lo atravesaba; Pedro pensaba que ella veía los cuentos a través de la tierra, dentro del mundo, debajo de todo. Él, en cambio, miraba la barba a pedazos del cura flaco. Y el movimiento de sus labios. Y sus cejas largas y enredadas.

Olía más a selva por las noches. Se escuchaban roces de monos sobre sus cabezas. Las ramas de los árboles susurra-

ban misterios. Y a ratos parecía la felicidad aquella espera. Pedro se preguntaba qué esperaban, hasta cuándo por el monte, qué vendría después, qué había fuera. Es raro pensar que moverse es una espera, pero el miedo tiene sus matices.

Una noche escucharon ruidos. Pedro no, los mayores escucharon. Pero el terror cotidiano le dijo que había que irse, rápido, morral y arriba. Sus piernas eran fuertes y a veces adelantaba a los mayores. A su padre o a Celestino, el de la tienda. Hacía mucho que no vendía nada, claro, pero seguía siendo el de la tienda.

Los disparos se escucharon de pronto huecos y con eco. Su madre, sin mirarlo, lo empujó hacia su corte. La nariz se le incrustó en el huipil de colores. Olía a humo su madre, como cualquier madre. Se escondieron tras un árbol ancho y áspero. Los hombres caminaban despacio alrededor, sin hacer ruido. No veía a su padre pero sí que Celestino llevaba su arma vieja entre las manos, preparada para responder con fuego al fuego.

Todo se aceleró de repente, como en una publicidad de la radio en la que el locutor hablaba cada vez más deprisa y daba mucha risa. Silbaban y golpeaban las balas. Pocas, pero tan llenas de muerte como el lamento de La Llorona. Pedro sabía que no había que hacer ruido. Ni moverse. Si te ven te matan. Un brazo de hombre los empujó a los dos, a Pedro y a su madre, y subieron más arriba, la colina, entre matojos que arañaban. Rápido y en silencio como fieras asustadas. Se hizo largo el tiempo después de las balas, tiempo arriba y arañado, con miedo a que escucharan cómo respiraba.

Y el sol no salía. Pedro quería el sol para dejar de tener miedo.

Cuando ya no hubo balas y pudieron descansar, Celestino dijo que solo unas horas, después había que ir hacia el oeste. Alguien llamó a su madre. Marta, decían. Todo el tiempo, Marta. Una mujer lo agarró cuando quiso ir a ver, pero logró zafarse. Corrió colina abajo hasta el grupo de gente. Sin sol no se entiende la vida. No podía ver lo que ellos veían.

Entró entre las piernas y los cortes, y la punta de su zapatilla tocó un cuerpo blando, acostado en el piso. Es tonta mi hermana, pensó, por qué se acuesta. Estará cansada esa patoja muda. No comprendió hasta que le vio los ojos, clavados en el piso, como cuando los cuentos, como atravesando la tierra para ver las historias. Ya no está Marta, se fue hacia dentro del mundo. Sus padres no lloraban, nadie hablaba, a él no lo veían.

Mejor se fue. Y se sentó despacio, un poco más lejos. A esperar que los mayores hicieran las cosas que se hacen con la muerte en el monte, mientras la espera, corriendo delante del ejército, hacia el oeste, sin saber qué pasa fuera.

Al día siguiente salieron de allí sin Marta y sin el hermano de Elías, que se acabó de morir por la mañana. El cura rezó sobre la tierra de los dos. Pedro pensó que al fin su hermana, esa patoja estúpida, estaba en el lugar en que veía los cuentos. Si ella sabía todas las respuestas y hacía todas las cosas más difíciles, no entendía cómo podía no haber esquivado las balas.

Caminaron dos días sin detenerse. La noche que pararon, su padre lloró. Pedro nunca había visto llorar a ese hombre que a veces le daba miedo. Aquella noche, su madre lo miró. Estaban sentados los dos con Sandy, tan pequeña entonces que aún comía tierra. Mientras colgaba a la bebé de una teta, su madre lo miró, mucho tiempo, muy fuerte, como hacia dentro y hacia abajo. Pedro se puso contento. Y después lloró, con ruido, con mocos, con sofoco. Extrañó de pronto la pila, los trastes, a Marta lavando y cantando en lengua.

Cuando por fin llegó el sol, esta vez no se fue el miedo.

Tengo el comentario de un (¿una?) lector/a de SADE sobre este cuento, que le asignó un puntaje de 8: "Lenguaje rico y preciso, tensión narrativa, dinámica; prosa poética acertada; personajes vívidos y definidos". Me parece una muy buena definición. Yo agregaría que es un cuento interesante que pinta el conflicto de la región con una actividad interpretativa en las relaciones que las partes mantienen entre sí y refleja la relación que cada parte mantiene con el todo, formando el conjunto. Hay un dialogismo donde la voz narradora intenta descifrar y juzgar en el mismo momento en que relata. La escena es muy real, la acción se ejecuta entre la crudeza del desarrollo y la sensibilidad de Pedro. Un cuento que condensa la acción y los sentimientos desde la primera frase, metiéndonos a Patojo en el dolor de saber que así fue y así existen.

Noris Barro

Excelente relato que nos ambienta, nos hace sentir los personajes. Un clima de tensión, nos traslada al lugar, entramos en la cabecita de Pedro, en sus sentires. La vida y la muerte jugándose a cada momento, y los niños y los amores, las armas, y la palabra: los cuentos, las historias, todo se conjuga para estar hablando de un cuento excepcional.

Te agarra y no te deja, te mete adentro, bien adentro, con un lenguaje sencillo aun a sabiendas de que es de otra región de América. Un final espectacular, abierto, que cierra y abre. Inolvidable es el Patojo este.

Rubén Padula

Tocar madera

Alejandro Manríquez Trajtem-berg[3]

3 De nacionalidad chilena (ciudad de Santiago de Chile). Seudónimo: Cabro Chilco. Participa activamente en concursos literarios, ha ganado en dos ocasiones y quedado seleccionado en cinco convocatorias de microcuentos. Entre sus publicaciones se encuentran *Santiago en cien palabras*, *Salud mental en cien palabras* y otras compilaciones de microcuentos. Recientemente logró un tercer lugar en el concurso de cuentos cortos de Argentina "Leyendo Gessel".

1.

A Jorge le faltan su madre y su hermano. Cada mañana despierta con la sensación de haber perdido algo importante, sin recordar exactamente qué, y se deja llevar por el olvido durante un par de segundos. Se aferra a él con uñas y dientes, negándose a volver en ausencia, esperando a que esta vez sí funcione el encendedor para poder hervir agua y preparar un café sin quemarse. Porque la cocinilla es un animalito doméstico, a diferencia de la fogata que es un enjambre de mariposas venenosas. Además, la parrilla se está desgastando de tanto uso y no puede darse el lujo de comprar otra; no le alcanzan ni la plata ni el espacio en el carrito de supermercado, ese que empuja como escarabajo pelotero a través de la ciudad para terminar cada noche debajo del mismo puente, contando la misma cantidad de monedas, tomando el mismo vino, sacándole brillo a la misma pistola.

De día compra y vende metales viejos, paseándose por la ciudad sin rumbo fijo. Hace tiempo no calcula el promedio de kilómetros diarios caminados. En el momento álgido de su trashumancia comerciante, cuando aún vivía Julio, su hermano, llegó a ser de treinta. Ahora está alrededor de los quince.

En el paréntesis que queda entre el primer y el último sorbo de vino se dedica a diseñar y confeccionar esculturas metálicas, siguiendo el oficio que su padre les enseñó a él y a su hermano cuando eran chicos, recordándoles que en la vida son necesarias tres cosas: un oficio, amor y plata. Y vino, añadía ciertas noches, cuando estaba contento o melancólico, o ambas. Jorge adoptó la plata y el oficio, mientras su hermano se quedó con el amor y el vino (Julio, a diferencia de su hermano y su padre, trabajaba la madera. Lo único que le queda a Jorge de él es un trozo de espino a medio tallar. Tras su muerte lo lijó, le amarró un cordel y se lo colgó del cuello. No se lo ha sacado desde entonces).

Cuando lo invade la nostalgia, Jorge piensa en su infancia. En el taller de su padre, cuando jugaba a la guerrilla con pistolas de madera que fabricaba Julio. La del papá era de

metal, pero la escondía en un baúl de doble fondo. Sólo una vez los hermanos la vieron; el papá había tomado mucho y les mostró una foto de la madre. Jorge tenía una vaga memoria de ella, tomado de su mano en una de tantas marchas que tomaron lugar en la época en que Chile fue acallado a punta de fusil. Treinta años después el país estalló en un efervescente éxtasis social, motivando a la gente a protestar por la dignidad arrebatada durante la última dictadura. Esto es para el perro culiao que la mató, dijo el padre esa noche, sosteniendo la pistola en una mano y el vino en la otra. Acto seguido puso la mano sobre la mesa, golpeando la madera a modo de mantra. Era supersticioso, el viejo. Pasaron los años, pero los hermanos nunca pudieron disociar la foto del arma, ni el metal de la justicia.

2.

Hay técnicas para vivir clandestinamente y no ser llevado detenido. Jorge, por ejemplo, finge demencia senil cada vez que pasa junto a un carabinero o un militar, llegando incluso a mearse los pantalones para evitar un culatazo de fusil en la espalda. Desde el estallido social la gente de la calle es como carroña para buitres con uniforme. Algunos desaparecen sin dejar rastro, otros quedan tirados como bulto junto al río. Por eso Jorge se preparó mental y físicamente cuando decidió intercambiar el taller por la intemperie.

Su hermano una vez le dijo que la guerrilla no era como en las películas; nadie puede ser el Che, ni siquiera Ernesto Guevara. Jorge sabe esto, pero aun así mira el espejo de bolsillo y se imagina a sí mismo inmortalizado en una foto icónica, pecando de orgullo tras una fachada atea. La justicia, dijo Julio, no te devuelve a los muertos. Jorge intenta no recordar estas palabras. A Julio también lo mataron buscando justicia (El estallido sacó a luz a todos los muertos, dijo Julio el día previo a desaparecer. A Jorge le dolía recordar a su madre, pero no pudo sino dejarse llevar por la ola expansiva de los miles de cuerpos que cantaban, gritaban, coreaban y golpeaban sus cacerolas en medio de la ciudad. El ombligo de Santiago, le llamaba. La espinilla de Chile, le decía Julio, sosteniendo en alto la única foto que quedaba de ella. Su

padre les pasó la foto, pero nunca quiso acompañarlos a protestar. Julio lo adjudicaba al miedo, Jorge a la pena. El viejo trabajaba en el taller, en silencio).

La última noche que compartieron los hermanos la pasaron bebiendo y debatiendo en torno a la pistola. El punto de mayor controversia se zanjó con la decisión de no disparar hasta el momento preciso. Es una cosa de principios, dijo Julio. Jorge aceptó a regañadientes, contando las monedas para comprar otra botella.

3.

El recuento de cuerpos se va con el río. Para Jorge, que era joven durante la dictadura anterior, no hay tanta diferencia entre la primera y la segunda. La actual. Después de todo, ambas se llevaron a uno de sus seres queridos.

Es de madrugada, y se calienta las manos con el bostezo del encendedor. El fuego se refleja como mosaico en el río, haciéndole guiños a la luna. Con el tiempo uno se acostumbra al frío, pero nunca dejas de buscar calor, le susurra a la perra que duerme junto a su triciclo. Es que después de tantos años viviendo a la intemperie ya no le tiene miedo a la soledad; todo lo acompaña. Los perros callejeros, los gatos, los bichos de tierra y las arañas de agua. El rumor del río. Las ausencias le han enseñado a disfrutar la compañía de la luna.

Quedan un par de horas para la primera marcha del día y ya hay gente dando vueltas alrededor de la plaza. Algunos despiertan de la resaca lacrimógena del día anterior con la boca seca y los ojos llorosos, desayunando sopaipillas en la calle, preparándose para otra jornada de lucha. Los más constantes son los niños guachos, los huérfanos de la sociedad, los perros que le ladran a los carros policiales y los vagabundos, es decir, aquellos que no tienen nada que perder. Compañeros con cabeza de piedra, piel de asfalto y corazón de molotov. Los que quedan tras años de pelea, resistiendo mientras el resto del mundo pasa por el lado con la cabeza gacha, haciendo como si no escucharan los disparos. Qué habría hecho mi papá, piensa Jorge. Julio habría dicho que

nada, pero Jorge no está tan seguro. Nadie puede pasar de largo ante la muerte sin morir un poquito.

Las seis de la mañana. A esta hora aún es posible transitar por el epicentro de la ciudad, en la rotonda donde se enfrentan encapuchados y policías. Este día, sin embargo, la avenida está cortada y la plazoleta cercada con una reja de dos metros de altura, custodiada por decenas de carros policiales. Jorge pasó toda la noche observando la escena. Sabe que es el día en que se conmemoran las glorias del ejército, y que el presidente hará su discurso anual junto al general. Julio diría que en la vida hay pocas oportunidades como esta.

El discurso será en la tarde; primero llegará la caravana militar, luego el general en su auto blindado y, finalmente, el presidente con su escolta. La distancia entre el palacio de gobierno y la plaza central se camina en quince minutos, pero es sabido que a los hombres poderosos no les gusta pisar el suelo.

A Jorge le parece escuchar la voz de Julio, susurrándole al oído que ya no es tiempo de guerrillas. Puede ser, responde él; pero todavía quedan guerrilleros.

4.

La barrida militar del sector es rápida e implacable. Se aseguran de que no quede una sola alma en un radio de cien metros. Luego pintan todos los grafitis del sector, tapan las consignas sociales, levantan un escenario y erigen una bandera de diez metros de altura. Solo los periodistas de los canales de televisión aprobados por el gobierno deambulan por el lugar, mostrando sus credenciales a cada paso para no acabar acribillados. Jorge se mantiene a la distancia, oteando desde la ribera del río, parapetado tras el muro de concreto que lo contiene. Antes de instalarse tuvo que echar a patadas a la perra que lo acompañó durante los últimos días. Le agarró tanto cariño que prefirió asustarla y enviarla lejos para no ponerla en peligro. Desde el principio decidió no ponerle nombre (El padre nombraba todas sus creaciones con nombres propios. Por ejemplo, su primera silla se llamó Josefina. Su última escultura se llamó Julieta.

Solo su pistola no tuvo nombre. Julio dijo alguna vez que era porque no la quería, pero Jorge comprendió que era todo lo contrario. Es difícil decir adiós. Ambos hermanos se referían a su madre, simplemente, como mamá).

La espera es enervante. Jorge hace uso de todo su entrenamiento meditativo para mantener la calma, para evitar salir corriendo pistola en mano y comenzar a disparar a cada uniformado que se le cruce, cometiendo el típico acto de suicidio romántico de quienes solo aman un ideal. Pero él todavía ama. Fantasmas, claro, y la perra y el río, pero ama. Así que respira, cierra los ojos y espera.

A media tarde llega la primera comitiva: políticos y empresarios que se sientan bajo los toldos designados según su partido o su nivel de influencia. Cuando ya están todos instalados, los reporteros comienzan a hacer preguntas. ¿Cómo está senadora, qué opina de los disturbios del día de ayer, qué espera del día de hoy, dónde compró el traje de gala que lleva puesto? Jorge piensa que Julio, en su lugar, habría optado por correr hacia el escenario en ese mismo momento, y que su madre habría gritado a todo pulmón la palabra asesinos. Su padre no estaría ahí. Solo está Jorge. Jorge y el río, el río y el carro, el carro y la pistola. La brisa de primavera que parece llevar consigo el ánima en pena de una bomba lacrimógena. El general bajando del auto. El presidente detrás, avanzando hasta la tarima al medio de todo, al centro del fin del mundo, sonriendo.

A los lejos un tumulto de voces interrumpe los aplausos. Los enfrentamientos ya comenzaron. El general hace una seña hacia el costado y en un abrir y cerrar de ojos un pelotón militar marcha hacia la nube de humo y polvo que de pronto se alza sobre la calle y cubre los alrededores. Por unos segundos, la plaza queda desprotegida. Jorge saca la pistola del carro.

Los invitados se tapan la boca con pañuelos, disimulando las arcadas. La mayoría de los manifestantes se repliegan ante el chorro del carro lanza aguas mientras el resto lanza piedras para detener el avance de las máquinas de guerra. Jorge salta el muro del río, corriendo hacia el escenario. Sortea las vallas con agilidad adolescente, dejando la

edad en el río (El hermano y la mamá duermen juntos en el mismo cementerio. El papá doblaba metal con manos de madera). El presidente y el general buscan la manera de bajar del escenario. Jorge intenta dilucidar las figuras con los ojos empañados y el pecho obstruido, conteniendo la tos, esperando que la escolta del general esté sufriendo las mismas dificultades que él. Por fin, a metros de la tarima los encuentra. La mira salta de un cuerpo al otro, eligiendo cuál caerá primero (El papá nunca supo el nombre del asesino). El dedo en el gatillo. El metal frío esperando el rubor del fuego. El fusil que apunta a Jorge desde atrás. Los ojos del militar encontrando la pistola. Clic.

El guerrillero cae. A sus espaldas, un soldado sostiene su fusil aún humeante. El general no está a la vista, y Jorge se pregunta si acaso alcanzó a disparar antes que lo mataran. El presidente sube a su auto, dando órdenes de evacuar la plaza y detener la protesta a cualquier costo. Jorge mira hacia arriba desde el suelo, admirando las nubes tras un velo rojizo, absorto en un delirio arrebolado. Aprieta la pistola pero no logra levantarla. El mundo se le hace mudo, se opaca y se aleja. Siente el pasto de la plaza en la nuca y el espino de su hermano en el pecho. Siente un aliento en el oído. Bueno, hermanito, dice Julio, lo intentaste. Ahora descansa, dice su mamá. No hay nada más que hacer, añade el papá. Y Jorge, por primera vez, suelta el metal, y toca madera.

Ya desde el primer párrafo este cuento es la crónica de una búsqueda que se intensificará a lo largo del relato con los hechos lamentablemente comprobados en la realidad, en un ambiente que —también lamentablemente— nos resulta familiar. Es una pura secuencia de acciones cronológicamente ordenada. Todos los símbolos y rebeldías de la protesta identificados. Una fusión entre expresión y contenido. Es un cuento extraordinario. Lo he leído varias veces para terminar lagrimeando en cada una. Es una revelación, una manifestación, un testimonio. Si no intuyera que al resto del jurado le gustará tanto como a mí, podría citar cada palabra para defenderlo.

Noris Barro

Uno de los escritos más conmovedores, más sólidos, con detalles que hacen a la historia, que la colman de sentido, con un final que uno no quisiera pero es el final lógico ante tamaña empresa, semejante dolor. Es como Jorge, que lo intenta, que ahora dormirá, no tuvo suerte, tocar madera como el padre, se supone que es un rito, una manera de convocar a la suerte, a la que no tuvo Jorge, que estuvo ahí a un tris de ser héroe, de concretar la venganza.

Rubén Padula

Un cuento que nos arrastra a las calles latinoamericanas para situarnos en el cruce entre pasado y presente, entre la Historia con mayúsculas y las historias personales en minúsculas. Un personaje singular acarrea su familia por el asfalto de un Chile convulsionado y nos devela con originalidad las vidas truncadas que subyacen al fracaso político-económico de un país.

Lucía Maina Waisman

Tristeza, frío y barro

Emilio Galdós[4]

4 Argentino residente de la ciudad de Olavarría, Buenos Aires. Seudónimo: Rocamadour. Asistente desde hace cuatro años a los talleres de escritura de Diego Paszkowski. Participó en las antologías de relatos *Letras y Deportes*, editado por Clásica y Moderna, y en *Letras y Cine*, editado por Azul Francia.

Nunca cierro la puerta de entrada, porque la única forma de encontrar en el medio del bosque una casa como la mía es conocer el camino. Por eso cuando escuché un par de golpes supe que solo podía ser Laura, que entró de golpe, y con el primer vistazo me di cuenta de que era pura tristeza, frío y barro. Debíamos llevar cinco años sin vernos, aunque en los últimos tres días yo no podía dejar de pensar en ella. Quise decir algo, pero se me adelantó: *Si te doy miedo por lo que los noticieros deben decir de mí, me voy por donde vine.* Podían decir lo que quisieran, que yo nunca iba a desconfiar. *Me alegro.* Me apuré a acercarle una campera y no supe si abrazarla, darle un beso o no hacer nada. Al final no hice nada y me quedé ahí, a unos pasos, viéndola temblar. *Perdón por comprometerte.* Le dije que en mi casa nunca la encontrarían. *A esta altura ya deben haber registrado hasta a mis compañeros de la primaria.* Pensé que, al menos en la secundaria, éramos un montón; sonreí, y le dije que pasara a ducharse. *No quiero molestar, pero me vendría bien. Puedo volver a ponerme la misma ropa.* Le dije que no se preocupara, que podía prestarle ropa de Magdalena. *¿No te parece demasiado?* Demasiado era lo que nosotros dos le habíamos hecho en vida, esto no era nada. *Perdón por no ir a su velorio, pensé que la gente me iba a linchar. A nadie le importan veinte años de amistad, todos se quedan con los últimos meses.* No era momento de hablar de eso, era momento de que se bañara. Después de haber pasado tres días a la intemperie en uno de los pueblos más fríos de la Patagonia, era un milagro que todavía estuviese viva. *Muchas gracias, Alejandro.*

Mientras Laura se duchaba, miré por la ventana pero no se veía nada ni a nadie. Cuando salió de la habitación, sentí un dolor en el pecho que pensaba superado: era, otra vez, la ropa de Magdalena, pero ahora en el cuerpo de Laura. *Estaba segura de que, ni bien yo me acercara, Toby se iba a poner a torear.* Toby se había muerto unos meses después que Magdalena, también de cáncer. Mi vida parecía condenada por esa enfermedad. *Lo siento mucho. ¿Y ahora salís a cazar solo?* No, desde que él había muerto, la carabina seguía intacta en el taller, junto con los muebles que me faltaba restaurar, lo único a lo que le dedicaba mi tiempo. *Perdón por aparecer así de repente, después de todo lo que…* No tenía que explicarme nada. Además me imaginaba lo mal que la habría pasado ella en

el último tiempo, y yo podía dar fe de que ese Horacio Pereyra era un hijo de puta. *Sí, vos siempre lo dijiste y yo nunca te escuché, si querés preguntarme algo*… No, prefería no saber, pero iba a darle un poco de sopa caliente, para ayudar a que recuperara fuerzas. *En serio, muchas gracias.* Me levanté para ir a la cocina, y cuando pasé junto a Laura no pude resistirme a abrazarla. Cuando nos separamos un poco, la miré y le di un beso corto, mientras ella sólo se quedó quieta, más bien por compromiso.

Después de tomar la sopa, con dos pulóveres de Magdalena y envuelta en una frazada, Laura ya había dejado de temblar. Si ella quería, yo podía subir la caldera. *No, gracias, ya me acostumbré.* Le dije que podía quedarse el tiempo que fuera necesario, que a mí no me visitaba nadie, y que la casa más cercana estaba a más de cinco kilómetros. *No puedo, Alejandro, vos viste los medios, hasta agentes de Buenos Aires vinieron a buscarme, ya deben tener cubierta toda la provincia.* De repente quise preguntarle qué era lo que había pasado, pero eso no iba a ayudar en nada así que me ofrecí a mostrarle el taller: justo estaba por terminar un bahiut de roble y mármol estilo Luis XVI. *Tenés la casa igual que siempre, como si no hubiera pasado nada.* Y lo peor es que había pasado de todo. *Alejandro, ya sé que no es el momento, pero ya son varios años, ¿no es hora de que sigas con tu vida?* Cómo se le ocurría decir eso justo a Laura. Yo había seguido con mi vida, que ahora eran los muebles antiguos, es decir, igual que antes pero ya sin Magdalena y sin Toby. *Mirá toda esta ropa, ni siquiera la pusiste en cajas, cerraste su armario y listo. No sé cómo no te comieron las polillas.* Sonreí. Aunque ella tuviera razón, yo no iba a aceptarlo. Prefería mantener la casa igual, como si estuviera lista para que regresara Magdalena como ahora, por las circunstancias que fueran, lo hacía Laura. El problema es que los muertos no pueden volver.

Le mostré el bahiut y, como lo imaginaba, le encantó. *La verdad es que mejoraste mucho.* O sea que antes era malo, sonreí. *No, pero no te encargaban cosas así. Este mueble debe tener unos cien años, ¿no?* Sí, era de los más viejos que había restaurado, pero la que llevaba la cuenta de esas cosas era Magdalena. *Siempre me arrepentí de lo que pasó, y más cuando me enteré de la enfermedad. Nunca me voy a perdonar si eso influyó en que*… Lamentarse

no servía de nada. *Al menos sus cenizas están donde ella siempre quiso, ¿no?* Sí, en el lago, a diez minutos de la casa. *Mañana voy a ir a pedirle perdón... Yo la quise tanto, es la mejor persona que conocí en mi vida.* Yo también.

Otra vez sentados a la mesa, le ofrecí postre, y le puse sábanas y frazada al sillón. Ella podía dormir en la cama. *No, dejá, no te molestes, yo...* No me importaba dónde había pasado las últimas noches, pero en mi casa debería respetar mis reglas. Además, yo seguía con el mismo sueño pesado de siempre. *Bueno, si insistís... Gracias por todo, Alejandro.* Volvimos a abrazarnos, y esta vez fue ella la que me dio un beso corto y sin sentimiento al que yo, quieto en el lugar, apenas correspondí, también por compromiso.

Al escuchar los golpes a la puerta, salté de la cama sin saber la hora y pensé que la visita de Laura había sido parte de un sueño, pero cuando vi las luces de la policía supe que no. Antes de abrir la puerta revisé el baño, el taller y la pieza, pero ella no estaba. Volvieron a golpear y gritaron que si no abría iban a tirar la puerta abajo. Yo sabía que el cedro no se voltea tan fácil, pero ellos no tardarían en confirmar que la puerta ni siquiera tenía llave. Cuando abrí, un oficial me mostró su identificación y me dijo que ya sabían que Laura Ostiglia había estado en mi casa, y que si cooperaba no iban a poder juzgarme por encubrimiento y colaboración. Entraron a registrar la casa sin dejarme tocar nada, y me invadieron con preguntas que respondí como pude. En cuanto me dejaron pasar al taller, miré para todos lados y enseguida comprendí que había un solo lugar en el que podía estar Laura.

Bajé del patrullero al borde del lago, y a tan sólo unos centímetros del agua, vi la carabina y una mancha de sangre. El oficial que se había presentado en mi casa se puso a darle órdenes a los demás: el rastrillaje podría llevar muchas horas. Le pedí permiso para volver a mi casa, y él dijo que iba a mandar a alguien para que me acompañara y vigilase. Antes de volver le pregunté si podía tomarme dos minutos para acercarme al lago. Accedió de mala gana y yo caminé unos pasos para, como tantas otras veces y casi en un susurro, volver a pedirle perdón a Magdalena.

Un cuento de amor, de infidelidad y lealtad, de peligro constante. Pocas preguntas porque se teme a las respuestas. Un final justo. Un cuento inteligente y conmovedor.

Noris Barro

Está cruzado de sentimiento, de tensión, tristeza, de frío y de barro, una historia de dolor, traiciones, todo junto, que vale la pena. Hay oficio, manejo del lenguaje, el diálogo adentro como una forma novedosa y lograda, permite leerlo bien. Hay tensión, todo previsible, y algunas cosas no dichas, que poco importan.

Es un texto muy fuerte, crudo, profundo, se percibe el dolor, la ausencia, el miedo y el amor, todo junto. La forma de insertar las voces de los protagonistas, el hilo conductor que nos lleva y nos trae que nos dice poco, pero nos muestra todo y un final posible, claro, como cierre como culpa, como inexorable.

Rubén Padula

El perro y París

Florencia Sokol[5]

5 Argentina residente en la ciudad de Buenos Aires. Seudónimo: Malta Kanoo.

El mail de Juan con asunto "Importante, leer!" empieza con un conciliador "Hermana, cómo andas?". Creo que nunca nos dijimos por nuestros nombres, desde que tengo uso de razón nos decimos "hermano" y "hermana", y a nuestros padres los llamábamos por sus nombres de pila, como hace Bart Simpson con Homero. Son esas cosas que empiezan como un chiste y después ya quedan.

Sigue: "Tu es bon? Quelle heure est il? Es que je pour aller a le toillette?". Siempre nos reímos de que, a pesar de haber ido los dos al mismo colegio, mi francés salió impecable mientras que él apenas puede decir su nombre. Y una vez más acierta en sacarme una sonrisa, imperceptible para cualquiera en esta parada del metro en la estación Concorde. Aun así estoy tensa: nunca, en la historia de la Humanidad, un mail cuyo título es "Importante, leer!" no resultó polémico; además, ¿un mail? Con mi hermano hablamos por teléfono una vez por semana, por lo que un mail es cien por ciento algo que no quiere decirme a la cara. "El medio es el mensaje", me enseñaron en la facultad, y este medio/mensaje es Juan, como siempre, un cobarde poco frontal... En eso sí somos iguales: en eso y en la forma de los ojos, porque en todo el resto, poca gente hubiera imaginado que somos mellizos, y por eso, cuando de chicos salíamos juntos, nunca levantábamos, porque parecíamos una pareja o al menos esa nos resultaba la razón más lógica para no levantar.

Después de un par de frases más para postergar el tema, la cosa se pone seria: "Mirá, te escribo por Kevin: no podemos tenerlo más. Desde que nació Emilia está súper celoso, se le tira encima a Orne cuando da la teta, le ladra, la asusta, la bebé llora más, Ornella grita… Esto es un quilombo, hermana. Ya preguntamos, y ninguno de nuestros amigos puede tenerlo. Si no encontramos una solución vamos a tener que llevarlo a un refugio". Sigue con "Quizás vos puedas hablarle a Mati para explicarle la situación, en una de esas ya superó todo..." y finaliza con un "Perdoname, avisame cómo querés hacer, Au revoir mon soeur".

Doy un grito de espanto, aprieto el teléfono con fuerza, lo tiro al piso y de inmediato lo levanto, lo que en todo caso

tampoco le mueve un pelo a la gente de Concorde. Diría que es algo de los franceses, impersonales por naturaleza, pero creo que podría extenderse a cualquier persona que en cualquier lugar del mundo toma un metro a las siete de la mañana, cuando la única desgracia que le interesa es la propia.

No respondo el mail, pero lo marco con una estrellita para acordarme más tarde, tengo que pensar bien la respuesta y hacer que de algún modo Juan entre en razón. Hace cuatro años que está con el perro, no puede descartarlo así, pobre animal; y por supuesto que, después de años de ser el mimado de la casa, un bebé iba a desconfigurarlo un poquito, pero tampoco es tan grave; además, ellos viven en una casa con patio, por cualquier lío que haga pueden dejarlo afuera. No hay duda que es todo culpa de Ornella, que me odia desde el día en que nos conocimos, cuando con genuina curiosidad le pregunté dónde se había hecho la nariz, y más cuando corté con Mati y les pedí que me cuidaran el perro unos meses hasta que yo pudiera traérmelo a Francia, y más aún cuando les confesé que jamás podría recibirlo en mi monoambiente de la rue de Picpus. Ahora que es madre debe estar más insoportable que nunca, aunque claramente no más humanitaria.

Trabajo las ocho horas sin parar un segundo y sin abrir el teléfono ni mi casilla personal de mails, después me conecto a mi clase de francés corporativo, y para cuando vuelvo a mi departamento reviso los mensajes y, en efecto, hay otro de Juan: "Hermana, te mandé un mail, por favor miralo", pero pasa que todavía no encuentro el argumento que lo pueda quebrar. Cuando le pongo la comida a mi gato Raphael, no puedo evitar compararlo con Kevin... Tan amoroso ese perro, me lo acuerdo de chiquito, y muy asustado cuando lo adoptamos en aquel refugio, pero en menos de una semana ya se había adaptado al nuevo departamento y era, sin dudas, el rey del hogar. Al poco tiempo, el humilde perrito de la villa 21 no comía si no le mezclabas el ProPlan con un bife de chorizo. Le pusimos Kevin por la película *Mi Pobre Angelito*, porque con Mati nos causaba gracia gritar "¡Keviiin!" y ponernos las manos alrededor de la cara. Él lo adoraba con toda su alma, casi tanto como a mí. Me pongo

a mirar fotos de esos tiempos y me sorprende lo joven que me veía.

Hace cuatro años, el día en que me ofrecieron (porque yo había buscado, aplicado, insistido, bajado mis expectativas de sueldo y ofrecido hacerme cargo de los gastos de mudanza) el puesto de Assistant Brand Manager en Dior, fue el más feliz de mi vida, y acepté sin pensar en nada ni en nadie. Con Mati habíamos quedado en que yo lo ayudaría a conseguir trabajo acá, y que, si eso no se lograba pronto, lo mantendría una vez que estuviera más asentada. Yo vendría primero, y él y Kevin me seguirían. Raphael come con una elegancia innata, mientras que Kevin se abalanzaba a la comida como si hubiese pasado días enteros sin comer, y salpicaba todo a su alrededor. Con Mati siempre nos reíamos de su torpeza: era demasiado gigante el pobrecito. En el refugio nos habían dicho que iba a ser "pequeño mediano" y terminó por pesar como treinta kilos. Mati comía pizza y, cuando pensaba que yo no lo veía, le convidaba muzzarella, lo que terminó por sacarle una panza tremenda, una panza cervecera, como la de Mati.

Al fin la mudanza familiar no sucedió, yo me vine para acá, la relación a distancia no funcionó, y nunca pude traerme a Kevin. Suspiro y me repito lo que me dije en su momento: París no es una ciudad de Matis y perros, es una ciudad de gatos y amantes pasajeros, sin que se pueda estar del todo segura de a cuál de los dos una le importa menos. En fin, Mati no quiso quedárselo porque dijo que los recuerdos le dolían demasiado, y yo usé el mismo argumento (una completa mentira) para pedirle a mi hermano y a la entonces novia que lo cuidaran. Mi esperanza era que se encariñasen tanto que ellos mismos terminaran por rogarme que lo deje en Buenos Aires. La primera vez que llevé a Kevin a casa de ellos, al momento de empezar con la *inception*, el grandulón de Kevin corría y rompía todo y Ornella se ponía nerviosa, con lo que mi plan maestro se derrumbaba a cada segundo. Pero por suerte mi hermano nunca fue bueno en decirme que no y me dijo que por supuesto se lo quedaría hasta que yo estuviera más asentada en París, quizás en un piso más grande o con un novio que ayudara a cuidarlo.

Ceno una manzana (une pomme) porque cuando una se muda a otro país no adquiere el metabolismo de su gente como se adquiere el acento, y mi cuerpo ya no soporta comer baguettes y queso todos los días. Ya con algo más de energía llamo a Juan, que a pesar de estar en línea no me atiende el teléfono y a los cinco minutos responde con una foto de la bebé (que no es muy linda, tiene la nariz original de la madre), y otra de Kevin afuera, en el patio, pegado a la puerta, desesperado por entrar. Mi amor... no entiendo cómo les da el corazón para tratarlo así. Vuelvo a llamarlo y tampoco me atiende. Me escribe: "Perdón, hermana, estoy con muchas cosas. Calculo que ya viste el mail. Orne dice que podemos tenerlo acá dos semanas más".

No cabe duda que la idea de que no me atienda es de ella, porque sabe que puedo dar vuelta esto… Le escribo que por favor me llame y me responde "Por favor no". Durante los dos días siguientes, investigo algunos refugios y campos, pero Kevin no se merece volver a esa vida, después de haber vivido en la alta sociedad perruna; no lo soportaría, y no confío que vayan a cuidarlo bien. También escribo a mi grupo de amigas de Buenos Aires, pero todas ya tienen perro, y la que no tiene perro tiene gato, que odia a los perros. Cada cinco horas llamo a mi hermano y no me atiende; Ornella me escribe para decirme que no escriba más y me envía fotos de mi ahijada. Quizás puedan mandarme a la bebé y quedarse ellos con Kevin. Un niño es más fácil que un perro, porque eventualmente crece, y además podría ser como mi mini aprendiz en Dior. Llamo a mi tía para quejarme de mi hermano, a ver si ella y el tío pueden recibir a Kevin, pero me dicen que ya están grandes. Lloro y digo que les prometieron a mis padres ayudarnos siempre, con lo que mi tía me acusa de dar un golpe bajo.

A la semana entiendo que, como siempre, nadie me va a ayudar. Ya no somos Hermano y Yo vs. el mundo; soy Yo vs. todas las personas que dicen quererme y se niegan a darme una mano. Como último recurso, contacto a la persona con la que hubiese querido no tener nunca que volver a hablar debido al daño psicológico que le infringí en todos los años en los que él hizo todo lo que yo quería, y también los años imaginarios que le quité sin anestesia vía Zoom. Me alivia

ver que, en su perfil del chat, Matías tiene una foto con una chica, y parecen felices, así que en efecto me superó, lo que debería hacer todo más simple. “Hola! ¿Te puedo llamar? Es importante”, escribo. Él me lee, y a los diez minutos suena mi teléfono.

“Hola, ¿cómo estás? ¿Qué pasa?”. Parece preocupado, y eso me hace sentir mejor. Le explico la situación de Kevin y concuerda conmigo en que debe ser todo culpa de Ornella. “Extraño tanto al Kevo, fui un infantil que no quise que se viniera conmigo, pero es que yo estaba mal… ahora que lo miro fui un pelotudo… pero todo pasa por algo creo yo, y ahora no sé, mi novia es alérgica, por eso tampoco adoptamos...”; “Pero creo que hay pastillas que puede tomar, te averiguo, te las pago”. Silencio. “Por favor, pensalo”; “¿Por qué no lo querés con vos?”, me pregunta y finjo tener que salir a algún lado.

Cómo no lo voy a querer, es solo que… En euros es muy caro mantener un perro, en euros, y además tienen olor, que con el intento de balcón que tengo acá… Es por Kevin, él no sería tan feliz como con mi hermano, o con Mati y su novia que seguro es maternal y con un par de pastillas se le puede ir la alergia.

A la semana, entre mensajes ignorados de mi hermano y de Ornella, vuelve a escribirme Mati y por un segundo me ilusiono con que recapacitó, hasta que leo: “No te lo dije por teléfono porque me pareció raro, pero mi novia y yo vamos a ir de vacaciones a Europa el mes que viene… y ella se muere por conocer París, yo no sé por qué todas mis novias están obsesionadas con París, en fin, podría llevarte a Kevin, ya hablé con tu hermano y aceptó tenerlo hasta que yo viaje”.

“Que se passe-t-il-cherie?”, me pregunta uno de mis compañeros del trabajo al ver mi cara, y solo respondo sustantivos sueltos: “Mon chien… ex fiancé… catastrophe”. Me da una palmadita en el hombro y me invita a tomar algo con todos después del trabajo. Después de muchísimas copas de vino tinto y escasa comida, ya bastante mareada, expongo mi problema. Todos aman a los perros, aunque todos tienen gatos, y me convencen de que debería traer a Kevin. Muy

borracha, le escribo a Mati que okey con recibirlo, y al final del mensaje agrego un "Te quiero" que no registro hasta el día siguiente, cuando ya es tarde y lo vio. A mi hermano no le escribo nada porque no voy a escribirle nunca más; cuando descubra que su mujer es una inoperante y su hija una malcriada, va a venir a buscarme llorando.

Las semanas que siguen me la paso en intentos de buscar en Buenos Aires adoptantes dignos para Kevin, pero de la gente que se ofrece ninguna logra convencerme. Investigo en París, pero acá no existen los perros grandes, y mis compañeros del trabajo creen que estoy feliz con esta noticia, que decidimos juntos.

Para cuando está por llegar el día me resigno: pido contactos de paseaperros y compro un alimento balanceado de marca blanca. Tengo ocasionales y horribles fantasías de Kevin muriendo en el avión, que no es tan raro con los perros en viaje. Veo videos de cómo hacer que un perro y un gato convivan en paz y presiento que Ralph ya sabe que se viene un lindo quilombo, pero a veces le doy demasiado crédito y en realidad solo es un gato francés.

En la puerta del Charles De Gaulle camino para todos lados, me fumo noventa cigarrillos y chequeo la hora cada medio segundo. Hay gente con flores que mira impaciente a la porte d'arrivée, bastante chofer con cartelito de apellido, otros que solo están ahí, y todos fuman conmigo porque es París. Fantaseo con irme y ya, total Mati y la novia no tienen mi dirección, hasta que veo salir por la puerta a esa bestia peluda completamente excitada y confundida, aunque para nada caída por las drogas del avión. Lo veo con un sweatercito rojo que le queda divino, y me doy cuenta de que yo llevo uno del mismo color, y entonces, cuando lo veo cruzar las cintitas dejándose acariciar por todo el mundo como el buenazo que es, cuando lo veo que me reconoce entre la multitud y corre hacia mí como un sacado, pura alegría y sin resentimiento, con tanta fuerza que se suelta de la correa de Matías, que por lo que veo ahora se dejó la barba, e ignora los gritos de la chica rubia que lo llama y que imagino será la famosa novia, cuando Kevin se me tira

encima y me babea la cara y nos abrazamos, solo puedo llorar, pedirle perdón y decirle: maman est là.

Agradable, simpático, positivo. Integra razones y emociones. Más allá de la propia comodidad, del egoísmo, del esnobismo de intercalar términos franceses (no está mal; vive en Francia y nos sitúa…), me cae bien esta hermana porque lo que importa es acoger y no expulsar y por eso recorre el camino recalculando. El comportamiento de cada personaje está descripto con una justicia dual: cuando le conviene, son maravillosos. Esta ironía nos hace guiños en todo el texto y establece una relación de empatía. Al fin, la llegada de Kevin es sobresaliente.

Noris Barro

Bien tratado, hay tensión, detalles, nos lleva de la mano hasta el final, nos compromete en la historia.

Aun cuando quiera hundirlo es un texto que crece a cada lectura. Muy bien llevado, esas intervenciones capciosas de la narradora, siempre atinadas, que la muestran, y un final que vale la pena, con todos los otros dramas intro familia, intro parejas, exparejas, las relaciones con el trabajo, la casa, la soledad, en fin, tiene que estar entre los seleccionados.

Rubén Padula

Lumbrera

Armando Ochoa Pérez[6]

6 Cubano, de la ciudad de Holguín, Cuba. Seudónimo: Pedro Loco. Egresado del Taller Nacional de Técnicas Narrativas "Onelio Jorge Cardoso".

La lumbrera me recuerda al agujero por donde salió Ela. No sé cómo se llama, la bauticé así porque es "ella" con una "l" de menos y suena armónico al pronunciarlo. Tampoco sabría decir cuándo nos conocimos exactamente. Pero imagino que fue alguna noche de mayo porque había olor a tierra mojada.

Yo estaba recostado al muro de una ferretería que está en Séptima. Es una calle desolada a esas horas de la madrugada, ideal para fumar. Luego de liar con torpeza, prendí mi último cigarro. Y creo que solo le había dado una mísera calada cuando vi que la fachada del edificio de enfrente se distorsionaba. Miré fijo para asegurarme de enfocar el cuadro. Lo que recuerdo es que la pared frontal se dilató en un vórtice y los ladrillos giraban en espiral. De pronto, como para agregar más surrealismo a la escena, de aquella espiral en la pared surgió un brazo. Un brazo delgado, cuya mano tanteó en el aire algunos segundos, antes de salir junto al resto del cuerpo. Al principio no pude distinguir su género. Tenía un aspecto andrógino. Después de que se acercó a la ferretería y me habló, descubrí que era una mujer.

—Véndeme un cigarro —dijo.

—¿Qué? —dije estupefacto.

—Que me vendas un cigarro —repitió.

—Este es el último —le respondí sin poder articular bien las palabras.

—¿Dónde puedo conseguir uno de esos?

—Hay un bar a cinco cuadras de aquí… El Cuervo, creo que se llama así.

—No, me refería a uno de esos —dio media vuelta dispuesta a marcharse.

¿Qué mierda acaba de ocurrir?, pensé. Ella había surgido de un agujero en la pared. Me planteé que quizás la picadura de mi cigarro había sido adulterada con algún alucinógeno sintético. Pero recién lo había encendido, así que no había pasado el tiempo suficiente como para hacerme ver gente traspasando paredes. Además, ningún jíbaro es tan generoso, a menos que quiera engancharte. La cuestión es

que yo estaba ofuscado, incluso pensé en correr calle abajo. Pero un impulso visceral me hizo llamar a la desconocida que recién había aparecido de la pared y ofrecerle unas caladas.

—Si quieres, puedes fumar de este —dije.

Ella se volteó con expresión incrédula:

—¿Estás seguro? No quiero perturbar tu momento.

—Estoy familiarizado —dije—. Sé lo que se siente. Sufro de empatía cannabácea crónica.

Lo más desconcertante era su cabello, a ras del cráneo en algunas zonas, cortado a tajos, como si una podadora hubiese deambulado ebria por su cabeza. Tenía cejas muy finas y cuencas profundas donde los ojos titilaban tenues; el resto de ella era gris. Cargaba una bolsa de tela al hombro, en la que la había visto guardar un extraño artefacto apenas salió del agujero.

—Acepto —dijo ella—, pero luego me dices donde puedo comprar. Odio ser una rémora.

—Toma —dije mirando a otro lado.

Ella tomó el cigarro y aspiró fuerte.

—Debes pensar que soy una loca, ¿verdad? Dirás: ¿quién es esta muchachita que aparece y saquea mis reservas naturales? —dijo mientras acomodaba las asas de la bolsa en el hombro con su mano libre.

—Me lo acabo de plantear. La gente cuerda no suele hacer eso.

—Hay tanto que la gente cuerda no suele hacer, que terminan cubiertos de musgo —dijo, y luego dejó escapar una bocanada de humo.

Después de unas caladas me pasó el cigarro. En la calle solo se escuchaba el eco lejano de la ciudad noctámbula y las eses sostenidas de nuestras caladas. Mis manos temblaban a pesar de mi esfuerzo por lucir sereno. Entonces hubo un silencio acogedor por unos segundos, hasta que lo sacrifiqué:

—¿De dónde vienes?

—De algún lugar de la mancha —dijo ella sonriendo, así que le seguí el juego.

—¿Del centro de la mancha en la pared?

—No, de las afueras, donde la mancha se degrada hasta desaparecer.

—¿Fatalismo geográfico?

—Café sobre el mapa.

Una luminaria a punto de fundirse parpadeó al otro lado de la calle. En ese instante de claridad, vi que sus ropas eran holgadas, demasiado para su figura, lo que la hacía lucir como una avecilla mojada. Quizás ella no pretendía insinuar nada, al fin y al cabo, los cuerpos no mienten, todos nacemos desnudos, y en los úteros no hay boutiques, ni pasarelas, ni celebridades. Aun así, la cigüeña viene de París.

—¿Y tú? ¿Eres de aquí? —dijo ella.

—Por desgracia.

—No es tan malo. Existen sitios peores. No querrías estar en Kabul ahora mismo.

—Al menos allí hay acción, lo veo en las noticias... aquí no ocurre nada.

—¿Acción? Hay almas reducidas a cuerpos y casas reducidas a escombros…

Cavilé un instante. Luego miré el cigarro que la brisa deshacía en su mano. Ella respondió con una gran calada al intuirlo.

—Yo vivo en escombros convertidos en casa —dije.

—¿Y tu alma?

—No lo sé, soy el resultado de un preservativo roto y un día de carnaval.

—Entonces no querrías estar en Kabul ahora mismo, ahí no hay tiempo para casualidades.

—¿Dónde compraste esa retórica?

—La compré por solo cinco pesos en una tienda de argumentos usados. Una ganga.

—Yo me compré una libertad en uno de esos anticuarios y resultó ser una estafa. Estaba podrida por dentro.

—Seguro que era falsa.

—No, solo estaba vieja —dije con la voz ahogada por el humo.

—No te asfixies ahora; me estabas empezando a caer bien. ¿Estás bien?

Asentí mientras tosía:

—Sí, est… ien.

La tos se intensificó. Aunque intenté mostrarme ecuánime, ella, muy atenta, me palmeó la espalda. Lancé la colilla a un charco y observé embelesado los círculos concéntricos que se expandieron en el agua. Ella tenía la vista clavada en un gato que escrutaba en un latón de basura.

—¿Ya puedes hablar? —dijo ella un minuto después.

—Deberíamos movernos de aquí. Esta calle es aburrida. Hay que aprovechar la risa.

—Sí que puedes hablar.

—A veces hablo tanto que yo mismo me ignoro. Adelante...

—Recuerda que me debes una dirección.

—Claro. Ahora te enseño…

La muchacha parecía entusiasmada, creo que disfrutaba mi condición de desconocido. Echamos a andar por la misma Calle Séptima hacia la periferia. Recuerdo que sus botas estaban embarradas, como si se hubiesen hundido en una ciénaga. Ella notó que yo examinaba su calzado, y se detuvo para mostrarme una quemadura en el dedo índice. Observé que se mordisqueaba las uñas y que sus dedos eran tan largos que parecían tener una falange de más. Una brisa fría llegó de una bocacalle y ella cruzó los brazos a la altura del pecho para abrigarse. Entonces reanudamos la marcha.

Las luces de las farolas se distorsionaban acorde nuestros pasos, que eran leves, como cuando uno no tiene intención de llegar. Caminamos varias cuadras en un mutismo agradable. La acera no era lo bastante ancha para ambos, así

que manteníamos cierta distancia. En ocasiones, ella bajaba a la calle para luego retornar a la acera en un brinquito.

Pronto dejamos atrás las fachadas coloniales y los ventanales oxidados del casco. Recuerdo que sonreíamos. Nos mirábamos de vez en vez, y sonreímos, como escuchando lo que callaba el otro. Ella solo hablaba cuando se cruzaba con un gato o un perro callejero. Casi antes de llegar al barrio donde vendían la hierba, descubrimos una banca sobre la que la zarza se enredaba en una bóveda de ramajes y no pudimos evitar sentarnos.

—¿Qué te trajo aquí? —le pregunté mientras jugaba con el rodillo del mechero.

—Un tren, un bus y luego mis piernas.

—¿Placer o negocios?

—Sosiego…, soy pésima en los negocios.

—¿Piensas quedarte?

—Solo estoy de paso. Me voy en tres días. Este no es mi ambiente. ¿Has salido de aquí?

—Nunca. ¿Cómo es de dónde vienes?

—Es un sitio raro, de esos que uno no creería que existen. La temperatura es perfecta todo el año. No hay lluvias inoportunas ni sol abrasante. Súper tranquilo…

A pesar de que aquello sonaba disparatado, y ella no parecía estar en su sano juicio, yo escuchaba fascinado. Quería oír más sobre aquel sitio. Además, su voz era sincera, sin ánimo de lucro. La miré a los ojos.

—Siempre he querido comprarme una casa en un lugar así —dije.

—Allí no existen bienes raíces. La inmobiliaria la gestionas tú, puedes construir tu hogar como te plazca y donde te plazca. Puedes mudarte a la copa de un árbol si deseas, o a una gruta en la cima de una colina, o simplemente pernoctar a la intemperie. Bajo un cielorraso, que no es raso, porque es el cielo.

—¿Cómo supiste de ese lugar?

—Llegué por accidente. Un viaje fatídico que resultó en un destino extraordinario.

—¿Qué le ocurrió a tu cabello?

—¿Eres detective?

—Lo siento.

Ella sonrió al verme ruborizar.

—Lo vendí. Pienso invertir en materiales: lienzo, óleo, yerba… ¿Y qué hay de ti?

—No hay mucho, lo que el viento dejó.

—¿Qué te ocurrió en las muñecas?

—Nada. Estaba podando un tamarindo y unos gajos me lastimaron.

—Gajos del oficio.

—Exacto. Sí…

—¿Y en las sienes? ¿Otro gajo inoportuno?

—No… Esto fue…

—Si tu trabajo dependiera de mentir te morirías de hambre.

—Lo sé, mi breve carrera política es una prueba de ello. ¿Qué es ese aparato que guardas en tu bolsa?

—No me lo…

El rugido de un auto interrumpió nuestra conversación. Pronto se hizo visible la furgoneta blanca en el recodo de la calle. Cegados por las luces de los focos, esperamos en silencio. Al pasar a nuestro lado, el vehículo disminuyó la velocidad. Yo estaba petrificado. Ambos seguimos al vehículo con la vista, hasta que se detuvo a unos metros de la banca.

—¿Pasa algo? —preguntó ella.

—No, nada. Es tarde. Vámonos de aquí. La casa está cerca.

Doblamos en la misma calle por la que había salido la furgoneta. Casi llegábamos a la esquina, cuando dos hombres robustos y vestidos de batas blancas nos cerraron el paso. Volteé y ella me siguió desconcertada. Los pasos de los tipos

percutían en la calle tras nosotros. Entonces volvimos a escuchar el motor del vehículo, que de retroceso bloqueaba la bocacalle. El chofer se bajó y echamos a correr en dirección opuesta. Quedamos encerrados entre los tres hombres. El cerco se achicó. Intenté eludir a los perseguidores con una maniobra, pero uno de ellos me agarró por la camisa y me pegó un taser en las costillas. Caí retorcido al suelo. Los dos uniformados me alzaron mientras yo aún convulsionaba, semejante a una marioneta sin hilos. El chofer abrió de par en par el fondo de la furgoneta y me ataron en la camilla. Justo antes de que cerraran las puertas pude atisbar hacia la calle. Solo vi el agujero por donde desapareció Ela.

Destaco de este cuento la originalidad, la estructura que crece a través de los personajes, del diálogo curioso y atrapante. Me gusta que no se explique la historia, que todo suceda en un transcurso irracional pero coherente con la situación ¿imaginada?, ¿soñada?, ¿real? Parece que la batalla es contra la representación de la realidad. El buen manejo de la idea central logra un texto sin dificultad para llegar al lector, una manera de que lo narrado parezca extraño y habitual al mismo tiempo. El diálogo trastornado es un acierto, las frases inconclusas un buen truco y el final, aunque previsible, está bien contado.

Noris Barro

Un encuentro que escapa de lo real y sin embargo avanza con fluidez en un diálogo espontáneo, hasta sumergirnos en un código propio y original. Junto a los personajes olvidamos lo conocido para recorrer la noche cubana por fuera de la trillada visita turística gracias a la mirada singular de un narrador que nos hace parte de la locura, la marginalidad y la ilusión.

Lucía Maina Waisman

Minuto 93

Marcelo Galliano[7]

7 De la ciudad de Buenos Aires, Argentina. Seudónimo: Tictac de Carrillón. Poeta, cuentista, dramaturgo, músico y periodista, con importantes actuaciones y premios como guitarrista. En 1997 se convirtió en el guitarrista más joven estrenando un concierto en la sala grande del Teatro Colón de Buenos Aires. Es autor de la serie del *Inspector Manarino*, colección de policiales breves de la que ya se han editado ocho volúmenes. Como escritor, ha ganado más de cincuenta premios nacionales e internacionales, tanto en narrativa como en poesía.

Y ahora, justamente ahora, que es cuando tendría que tener la cabeza más fría que la luna, me acuerdo del penal, de aquella vez, de cuando todavía ni pensaba en ser el Doctor Zuvillaga, ese que todos aquí saludan y admiran, el que, según dicen, es de los buenos, porque hasta les da bola a los viejitos y no se los saca de encima con el "*siga tomando lo mismo que está hecho un pibe*".

El penal, sí. Qué puta es la memoria, ¿eh? ¡Qué mina irresistible y peligrosa que se viste de apuro después de hacer el amor y te deja con su perfume a tristeza! Mirá que venir a acordarme del penal en este momento, en estos pasillos que camino hace años y en los cuales ahora voy a encontrar a mi vieja llorando y a mi hermana diciéndole una mentira al oído, un falso consuelo, y a la tía Chola, claro, que ya debe andar por el quinto Padre Nuestro o el tercer Ave María, y quién te dice que también a los primos que no veo desde la comunión, y hasta los dos o tres amigos de mi papá a los que, apenas recibido, les tomaba la presión sin cobrarles y les regalaba alguna muestra de Lotrial, diciéndoles que aflojaran con la sal y el Cinzano con fernet.

Sí, ahora los voy a encontrar a todos, qué duda cabe, deben estar en la puerta de la habitación esperándome, preguntándose por qué todavía no llegué, con miedo a que les confirme lo que ya saben, con las bocas llenas de *adónde se habrá metido*, *capaz que se fue a fumar un pucho*, *no digas pavadas, te creés que los médicos no son humanos*, *si hasta dicen que en las guardias*…

Y yo sé que no voy a hacer nada, que voy a llegar y a lo sumo mentiré un *hay que esperar*, o un *es poco lo que se sabe del Covid*, y otra sarta de huevadas de las que siempre echamos mano los médicos cuando ya no hay nada que hacer, cuando una vez más la vida te demuestra que tu profesión es una pelea perdida, cuando no tenés los cojones para soportar que el que hoy se está muriendo rodeado de cables es tu viejo, justo tu viejo, y el asunto te queda grande como tirar el penal del triunfo en el minuto 93.

Minuto 93, dije, y me parece estar viendo la escena. Sí, ya estoy enfilando para la sala de espera, sigo por estos pasillos que hoy más que nunca huelen a ese pesado aire de Espadol y rabia adormecida, pero estoy viendo aquella escena. Sigo

y ya podría percibir a lo lejos ese montoncito de familiares murmurantes y llorosos que esperan un parte o un pésame de un guardapolvo blanco como el mío. Pero la puta (la memoria, digo) es verdaderamente puta y sabe su oficio como pocas, y me saca de la mano y me lleva treinta años atrás…

El equipo del colegio había jugado un campeonato de esos que ni te cuento. Yo era un tronco que me la pasé en el banco en los cinco partidos que nos habían llevado a la final, gracias a los goles de Osuna y de Del Mónico, dos petisos gambeteadores y ligeros que los rivales no podían parar ni con un lazo.

Pero la vida no es lógica. Lo digo y me río con amargura, como si tuviera que aclararlo después de quince años de profesión en los que vi tipos sobreviviendo a un tiro en la cabeza, y a otros muriéndose por una gripe mal curada. No es lógica, no, me lo repito ahora cuando ya estoy llegando donde están todos; todos, dije, sí, hasta mis primos y la tía Chola (que ahora está rezando un Salve), hasta los amigos de mi viejo y mi hermana, hasta mamá que es la primera que me abraza y me pide que entre a la habitación de papá y haga algo. Algo, sí; algo que ni ella sabe lo que es, algo que ni ella sabe si existe.

De lógica y de no lógica estaba hablando y a esta última categoría perteneció aquella final que se endureció inexplicablemente, con un fatal uno a uno, ya llegando a los 44 del segundo tiempo. Ni sé bien por qué, pero creo que ellos se veían con más resto físico y querían ir al alargue, y entonces se pusieron a hacer esos pasecitos estúpidos para que el reloj corriera. Uno de esos pases les salió corto, y uno de los petisos (Osuna, para más datos) los primereó robando en la medialuna, metiéndose en el área grande con la pelota al pie y encarando para el arco. Iba a ser el telón perfecto, el final a lo Metro Goldwyn Mayer. El arquero iba a salir a achicar, desesperado, y Osuna, impertérrito, lo iba a dejar en el camino con un quiebre de cintura para luego tocar la pelota con desdén, casi con desprecio, y hacerla cruzar la línea de cal como una luna mansa apenas empujada por el capricho del viento. Pero claro, me olvidaba de decir que Hollywood y la realidad son dos minas paquetas que toman

el té en La Biela fingiéndose simpatía, pero que cuando menos lo esperás se distancian y se van cada una a escribir la historia que mejor le parece.

Lo cierto es que ni bien Osuna robó esa pelota y pisó el área, un defensor (un tal Ledesma, creo) se le tiró encima pegándole un planchazo de atrás, de esos que a veces quiebran y siempre pican. El enano, que además de habilidoso era camorrero, ni siquiera reparó en el pitazo del árbitro. Se levantó y lo fue a buscar al fulano y le rompió la nariz de un cabezazo que de solo contarlo me duele a mí.

Para qué decir el resto, el desbande, para qué describir los empujones, los manotazos de todos contra todos, y el referí con la tarjeta roja en lo alto dictando lo que nadie podía creer: la expulsión de dos de ellos, sí, pero también la expulsión de dos de los nuestros, Osuna y Del Mónico, los tiradores que podían darnos el triunfo con el penal recién cobrado.

¡Entrá *a tirarlo, Zuvillaga!* Mi vieja me sigue rogando que entre a ver a papá y haga algo, pero en mis oídos resuena la voz del técnico, esa frase que hace tantos años no entendí o que no quería entender: ¡Entrá *a tirarlo, Zuvillaga!* Sí, quería que un jugador fresco, el único que ni siquiera había pisado el pasto en todo el torneo, tirara el penal del triunfo. Creo que lo miré con sorpresa, o con inocencia, o con miedo, o con cualquier cara que dijera *no, mejor no, yo quiero irme a mi casa y tomarte una chocolatada y mirar El Zorro y encerrarme en mi cuarto a hojear una revista con minas en tetas…*

Lo miré, sí, al igual que ahora miro a mi madre, sin animarme a decirle que hoy no quiero ser médico, que por hoy quisiera ser bombero, o equilibrista, o basurero. Sí, ¿por qué no basurero, e ir por las calles de uniforme, recogiendo bolsas y lanzándolas al camión, feliz, como un Ginóbili de los grillos y la noche?

El técnico pide el cambio y el cuarto árbitro lo avisa con un cartelito. El negro Peralta sale acalambrado hasta las orejas y yo entro a la cancha, como entro ahora en la habitación de papá: con la cabeza gacha y derrotado.

El tiempo reglamentario está cumplido y yo acomodo la pelota en la marca de los once metros sin mirar al arquero, de la misma forma que ahora me siento en una silla al lado de la cama de mi viejo sin mirarlo, sin atreverme a verlo inconsciente.

Tomo carrera y cierro los ojos, estoy temblando como temblando estoy en estos momentos, pero en el silencio inamovible del miniestadio, que es tan parecido al incesante silencio de este cuarto, siento la voz de un hombre que grita: *"está todo bien, hijo"*. Sé que es la voz de él, lo sé sin verlo, sé que es capaz de cualquier cosa para que yo me calme, cualquier cosa. Abriendo apenas los ojos corro e impacto el balón con mi pie derecho. Vuelvo a cerrar los ojos y llevo las manos a la cara. No quiero mirar, sigo temblando, no quiero mirar. Pero el grito de gol me abofetea y yo abro los párpados y observo al arquero caído y a la pelota clavándose en un ángulo, inflando la red que se agiganta como un fantasma vanidoso, robándole espacio al gris rojizo de la tarde, de ese cielo ahora sostenido por decenas de brazos en alto.

La gente grita, se trepa al alambrado, invade la cancha y me lleva en andas. Yo quiero decirles que no, que no fui yo, que no hice nada, que fue él, que no es mérito mío, pero a la gente no le importa, la gente no quiere saber, la gente…, la gente…, la gente está ahora en la sala de espera y al igual que hace treinta años no escucha la frase, no, no oye el "*está todo bien, hijo"* que yo aquí sentado escucho ahora mismo, sí, sin poderlo creer la escucho ahora mismo de la boca de mi padre…, de mi padre que ha abierto los ojos, de mi padre que ha despertado.

Y como aquella vez, como al festejar aquel penal que hoy se arruga grisáceo en el pasado, salgo corriendo y grito y mi familia me abraza. Yo quisiera decirles que no hice nada, que lo hizo él, que fue él, que es capaz de cualquier cosa porque yo me calme. Pero cómo les explico, cómo se lo digo a mamá y a la tía Chola; cómo se los hago entender a mi hermana y a los primos y a los viejos del barrio que ahora me besan, me palmean y me gritan genio, genio, genio; cómo los convenzo de que la memoria es una puta irresisti-

ble y peligrosa, dispuesta a recordarme que la vida es ilógica…, sí, que la vida es mágica, caprichosa e ilógica, y que cualquier pata dura que anda por el mundo, puede un día ser parte de un milagro, y hacerle, en tiempo de descuento, un inolvidable golazo a la muerte.

Emotivo. Actual. Recuerdos que se siguen en la generación de un texto que ajusta con maestría una situación difícil con otra gloriosa, donde alternan la dulzura y la dificultad, el desafío y el aliento. Establece un momento presente y un sentido del pasado, desafiando la evidencia del peligro decide suspender la muerte en el final que nos reconforta, nos alivia, nos hace agradecer el milagro del golazo. Un cuento que nos hace creer que la historia sucedió, y que el narrador la comparte en un lenguaje sencillo y natural. Conmovedor y gratificante.

Noris Barro

Cuentazo, sin vueltas. Tiene acción, emoción, un narrador que no se pierde, un ida y vuelta por la memoria, la tensión que no cesa, el equilibrio, lo común, con un lenguaje que llega, por ahí anda lo que uno quiere, pero no se puede decir que este tipo de cuentos no guste a todos. No se le ven fallas. Estremece por lo simple, lo profundo. No me caben dudas de que este estará en el podio.

Rubén Padula

Silencio

Jeremías Asensio Marconi[8]

8 Argentino de la ciudad de Béccar, Buenos Aires. Seudónimo: Ramón Corajes.

Llegamos al terreno una madrugada de jueves, lo encontramos después de caminar perdidos por horas, alejándonos cada vez más de la ciudad en la que nos había dejado el colectivo, de la que nunca supimos el nombre. Empezaba abril y el fresco aún era tolerable.

Prendimos fuego en un tambor de mezcla y celebramos haber encontrado un lugar para estar. La tristeza y la desesperación eran todo adentro nuestro, como un relleno salado de carne dura; pero no se podía estar mal siempre, y la primera noche nos reímos y festejamos porque sentíamos que lo merecíamos. La mañana siguiente apareció fría y vidriosa sobre el mundo, sobre nosotros, que estábamos abrazados sin quererlo. Cuando nos despertamos tardamos en darnos cuenta de dónde estábamos, nos separamos confundidos, nos sentamos en el pasto y lo miramos dándonos la espalda. Creo que cuando el arrepentimiento volvió a hacerse claro y recordaste, lloraste en silencio. Yo repetí todo como mirando una película de terror por segunda vez, sin miedo, pero igual tapándome los ojos, por instinto y por la pena de saber el destino de los personajes antes que ellos, por ser espectador y morboso.

Cuando pudimos levantarnos decidimos entrar a la casona que nos llenaba de una sombra azul y penetrante, ahora que había luz. Los dos seguíamos medio borrachos y nos llevábamos las cosas por delante, hicimos mucho ruido, o por lo menos el suficiente para despertar a todo lo que dormía. La casa era enorme y parecía abandonada desde hacía varios años, por lo menos eso creímos; las plantas que nacían del piso y las paredes abiertas por la humedad nos lo hicieron creer. Estaba a medio construir, le faltaban ventanas, caños y pintura, supusimos que allí nadie nos encontraría una vez que empezaran a buscarnos. El jardín también era enorme y estaba lleno de árboles, me acuerdo perfectamente del ombú.

Al mediodía, cuando ya hacía calor, nos sacamos las remeras y nos tiramos a la sombra. Ambos teníamos hambre, no comíamos desde el martes a la noche. Vos me dijiste que mejor ibas solo a comprar el almuerzo, no querías que dos porteños dieran vueltas juntos por el centro, era mejor uno

solo, menos llamativo. Volviste con pan y fiambre, almorzamos con el agua que nos quedaba en la botella de la noche anterior. Esa primera tarde nos quedamos dormidos en el pasto. Nos comieron los mosquitos, pero vos insististe en dormir afuera; discutimos, pero en el fondo yo tampoco quería pasar la noche adentro de la casa.

Los primeros días fueron así, a la mañana nos despertábamos abrazados y con frío. Después el calor, y vos que ibas a comprar al pueblo y yo te esperaba; esas noches dormimos solo en el patio. Hacíamos mucha fuerza por no llorar en frente del otro, pero estábamos sumergidos en una culpa más pesada que nosotros, y nos costaba estar parados. Lo peor era el buzo manchado en las mangas. Un constante recordatorio, una burla.

Yo te prefería de noche, porque dormido eras bueno, cuando estábamos inconscientes todo era más fácil. Durante el día te enojabas mucho, casi no hablábamos. Los dos mirábamos la casa, algo tenía que nos daba miedo, no sabíamos por qué. Pero la verdad es que ninguno hubiera entrado cuando ya no había sol. El jardín era mejor, más luminoso. Esa semana el clima nos acompañó y casi no entramos a la construcción, pero la siguiente llegó el frío prematuro que siempre aparece en abril. Los primeros días insistimos en dormir en el patio, cualquier cosa parecía mejor que los cuartos de adentro, con humedad y manchas como caras llenas de culpa. Una noche estábamos temblando abrazados, moviendo las manos sobre nuestras piernas para hacerlas entrar en calor; vos me soplabas la espalda y yo te soplaba las manos duras, cerradas sobre mi pecho. Después de unas horas no pudimos más, y los dos nos quedamos quietos, rendidos. Y casi como si nos desplazaran nos paramos y caminamos a la casa, como espejos que sin hablar se entienden, porque se miran. Entramos al hall en silencio. Nos tiramos en el piso, y sin el viento nos fue fácil dormir en la oscuridad ahora más presente, que se cerraba sobre nosotros como la boca de un lagarto. En la casa había ruidos que no podíamos identificar y el miedo que sentíamos de forma animal, secreta e innegable, fue creciendo cada noche, pero el frío de afuera era peor. Los días siguieron. Sabíamos que nos teníamos que quedar ahí, hasta la primavera por lo

menos mientras nos alcanzara la plata. Era riesgoso volver a Buenos Aires, nuestras madres debían haber llenado las paredes de las calles de Avellaneda con nuestras caras, sobre todo la tuya, siempre tan inquieta…, o quizás la policía lo había encontrado. Teníamos que quedarnos allí, lejos, donde nadie pensara buscarnos. Así comenzamos otro proceso de pérdida, de desapego. Perdimos algo más, lo viejo, lo que era de afuera del terreno escondido, lo otro. El frío con los nuevos días siguió viniendo cada vez peor, y aprendimos a ponernos cómodos en el hall, no nos atrevíamos a dormir más adentro todavía, sabíamos que todo tenía que ser lento y cuidado, y no queríamos movernos más de lo necesario. Vos conseguiste una manta en una de tus idas al pueblo y logramos entrar el tacho mezclador y calentar un poco nuestra parte de la casa. Después compraste unas velas amarillas y las prendimos las noches de más frío, por el calor y por la luz, las noches más frías eran las más oscuras. Lográbamos entendernos sin hablar, yo te decía algunas palabras, pero no respondías mucho, solo me mirabas. Nunca se nos ocurrió irnos; las posibilidades de encontrar un lugar seguro para vivir eran pocas. Empezábamos a ser una extensión de las paredes de la casa. La habitábamos como esclavos que no escapan por miedo. En eso el frío y el miedo funcionan muy parecido, te atan a lo más oscuro y profundo, de a poco. El dolor y el arrepentimiento que nos paralizaba fueron menguando y pudimos reírnos más seguido. La casa para nosotros fue eso, una manera de desatarnos despacio de un terror, para, con la misma lentitud, atarnos a otro sin saberlo. Una noche de finales de abril el frío creció sobre nosotros como una montaña de hombres muertos y el hall ya no pudo ampararnos. Luchamos y tiritamos hasta que en la madrugada todos los ruidos de la casa pararon, de repente, al unísono. *Es ahora,* me dijiste, *nos están dejando entrar.* Los dos sentimos el permiso, nos paramos, caminamos envueltos en la manta y con las velas en la mano, entramos al living.

Mayo fue frío y lluvioso. Habías comprado otra manta, y ya no pasábamos frío, apretados como se aprietan los pollos, era tolerable. Empezamos a estar mejor, a querernos más. Charlábamos después de almorzar, a veces hacíamos

un chiste, a veces volvíamos al sexo y entrábamos en calor como animales sucios y lastimados. Había algo en tu violencia, en mi dolor, que nos gustaba y nos hacía bien, allá en ese cuarto oscuro donde no nos veíamos de noche. Te había crecido la barba, a mí también, a vos te quedaba bien, a mí no tanto. Eras peludo, tenías todo el cuerpo bañado en rulos que te hacían parecer un perro. La casa nos afectaba, nos pesaba sobre las cabezas, nos dominaba y en cierta manera nos llevaba a lo animal, a lo salvaje, a lo abandonado. Quiero decir, yo era ajeno a mí ahí adentro; vos tampoco eras igual, también te había cambiado, eras otro. Cómo serías al salir no quería ni pensarlo.

Una tarde apareció un lagarto overo en el patio, lo vimos desde la puerta, tomaba sol sobre el pasto. Nos encantó. Al día siguiente cuando volviste del pueblo traías un pedazo de hígado para él. Lo empezamos a alimentar, le dejábamos carne cruda en el pasto lleno de sol y nos escondíamos a esperar. Aparecía cuando el silencio era total. Caminaba despacio, desconfiado de nuestros regalos, pero de a poco los fue aceptando. Un día, vos te quedaste al lado de la carne, el lagarto apareció y se acercó tranquilo y comió al lado tuyo, cuando terminó vos te agachaste y lo acariciaste, él se dejó. Después te paraste y te diste media vuelta, viniste hasta la casa, yo te esperaba, estabas llorando. Te abracé sonriendo, vos me dejaste, por primera vez de día. Mayo fue desvaneciéndose de manera tosca, como alguien que muere asfixiado.

En junio caminabas solo de noche por toda la casa, ya no le tenías miedo. Somos amigos ahora, me decías. Empezábamos a comer menos, a estar menos tiempo juntos. El invierno parecía endurecerte cada vez más, aún más. Yo te tenía miedo. Te habías vuelto mensajero de la locura. Hablabas de la casa como de una persona, le pedías perdón por haberla molestado, le contabas el episodio de la fiesta como si fuera una madre que te ama y te perdona todo. Llorabas por la culpa, le decías que no habías querido, que estabas borracho, que ese chico era malo. Yo no podía escucharte hablar de eso, cuando empezabas me iba al jardín y meditaba qué hacer con nosotros. Quería irme y dejarte ahí, pero la casa tendía unos hilos invisibles sobre mí y no me dejaba

mover los pies. Con las semanas fuiste empeorando. Llorabas todo el día y me pedías perdón, de noche me obligabas al sexo. Yo cerraba los ojos y apretaba los dientes, tus golpes en mi espalda y tus gritos duraban poco, terminabas rápido y caías al costado, con los ojos cerrados te limpiabas con las mantas y te dormías. Prefería ese dolor, era más corto que el miedo que me daban tus saltos en el piso de arriba si no dormías, tus gritos pidiendo ayuda y tus golpes a la pared. Una vez bajaste la escalera corriendo y te me tiraste encima, me agarraste de los hombros y me sacudiste. *Despertate*, me gritabas, y cuando abrí los ojos y te miré te reíste y me pegaste en la cabeza, te diste media vuelta y subiste corriendo la escalera gritando ¡me ordenan, me ordenan!, y fuiste apagando las velas. Nunca supe qué pasaba arriba, en el centro de la casa, a veces parecía que había alguien más. Una noche, a mediados de junio, escuché que llorabas y gritabas por favor que no, que no habías hecho nada malo. De repente, hubo un ruido seco, grave. Subí corriendo por primera vez. Vos estabas tirado, acurrucado como si te hubieran pegado patadas, y llorabas como un perro. Me acerqué despacio, te abracé y me dijiste que tenías miedo, que te querías ir.

Los días que siguieron fuiste otro, estabas todo el tiempo debajo de un árbol, tapado con una de las mantas, llorabas o mirabas al vacío que se nos presenta adelante cuando miramos con dolor. Yo empecé a ir al pueblo a comprar la comida, ya no alimentábamos más al lagarto, él seguía viniendo con esperanzas de algo, pero no teníamos plata. A la noche tenía que forzarte a entrar al living para dormir. Cuando entrabas mirabas para abajo, avergonzado.

Una mañana me levanté y encontré en la puerta al lagarto con la panza abierta, con la carne aún dura por el susto; por el frío le salía vapor de las tripas. Vi que estabas abajo del ombú, con las manos manchadas de sangre. Con los ojos calientes y llenos de lágrimas te grité *por qué*, con la garganta ahogada, y me respondiste *porque me quiero ir.* No entendí, no hizo falta. Te lavé las manos con un trapo y te di un beso en la cabeza, me miraste llorando, *perdón,* fue todo lo que me pudiste decir; yo no respondí.

A mí también me fue comiendo la tristeza, fui cayendo a tu lado, lleno de miedo, queriendo irme de la casa. En cierta manera volvimos al principio, llorábamos por el chico, uno a escondidas del otro, no nos hablábamos. Nos doblaba la culpa y la pérdida, nos odiábamos mutuamente y le teníamos terror a la casa de noche. Odiábamos sobre todo no poder salir por el frío ni poder dormir por el miedo, era una tortura que venía en dos mitades, dos rivales igual de terribles, enemistados y complementarios que juntos forjaban nuestra desesperación.

En julio decidí que cualquier cosa era mejor que nosotros ahí metidos, incluso la cárcel y el odio. Te dije que me iba, vos no quisiste venir conmigo, me pediste que primero le contara a tu mamá. Esa noche volvimos a dormir juntos, abrazados. A la madrugada te levantaste, te desnudaste, agarraste la soga que escondías, que guardabas, y sin despertarme caminaste al patio helado, hasta la sombra aún más negra del ombú, y dormiste solo.

No sé qué otra imagen traer, cómo traerte, amarrarte al recuerdo, a esta carta en la que entierro todo lo que no llegué a esconder.

"La tristeza y la desesperación eran todo adentro nuestro, como un relleno salado de carne dura…". Quizás esa frase resume la fatalidad, la desgracia que recorre el cuento. Los pasos previos apenas señalados, impulsos oscuros en el avance de esta historia que nos mete en la casa que personalizaron y nos llevan a convivir con estos seres poseídos por el miedo, la vergüenza y la culpa. Un relato emotivo, que nos incita a la reflexión.

Noris Barro

Un espacio-tiempo sin salida logra transmitirte desde la desesperación y el terror que avanzan los protagonistas. La acción se disuelve en un viaje hacia el interior de los personajes y sus oscuridades en medio de una relación tormentosa, difícil de predecir. El devenir abandono nos atrapa en una tensión donde el misterio acecha, como fantasmas que no terminan de aparecer y, sin embargo, están siempre ahí.

Lucía Maina Waisman

Nuestras respetadas sectas

Eva Lázaro Lafuente[9]

9 Española, de la ciudad de Cartes, Cantabria. Seudónimo: Teo Baruque. Tiene publicados poesía y relatos en varios libros colectivos. Ha obtenido numerosos premios, entre ellos un primer premio en el Concurso "Poeta por un día" del CEPA "Caligrama" (2017), así como el primer premio del Concurso de Relatos del mismo Centro (2017) y Accésit en el XIV concurso de relato breve "José Luis Gallego" (2019).

I

Compañeras y compañeros, necesitamos empezar ya con la hoja de ruta, las descripciones, las reseñas, los *sketchs*… El pleno del Ayuntamiento nos acaba de conceder la subvención, como no podía ser de otra manera. Tienen suerte de tener en la ciudad un *revitalizing* del arte y la cultura como nosotros. Estamos a *full* con la expresión y la creación de arte y, evidente, también es su obligación proporcionarnos el espacio ideal para plasmar uno de los platos fuertes del programa: la muestra colectiva. Desde el punto de vista de las estructuras conceptuales no debemos permitir que nuestra exposición "Empoderamiento y sugestión de las líneas abstractas" se realice en otro lugar diferente al Palacio Municipal. Necesitamos todas sus estancias para la exploración, búsqueda y captura del concepto dentro de los límites del espacio cerrado, algo de lo que hablamos en nuestro último encuentro de socios. Pues bien, resumiremos en esta muestra la representación transversal, los cimientos de las obras de arte que hemos concebido como alternativa alejando los vulgares métodos y materiales *mainstream*, los *scrips* previsibles y devaluados, para acercarnos a lo *underground* como declaración de principios. Estamos de acuerdo en que la idea es el aspecto más importante de la obra, la ejecución es una cuestión superficial y prescindible. Podemos plasmarlo físicamente o no, nuestra mente inquieta y creativa nos dictará el resultado. Y así se lo mostraremos al vulgo.

II

Es viernes, día de pleno ordinario del Ayuntamiento. Vosotros, como Asociación Local de Artistas Plásticos habéis propuesto una serie de actos para realizar en la Semana Cultural de nuestra localidad. Los miembros de la corporación debemos decidir si tenemos en cuenta vuestras propuestas. ¿Y cómo podemos actuar nosotros como gestores? Pues lo podéis intuir… Sabéis que no podemos negároslo. Tenéis la ventaja de que Ramiro Galarza, vuestro presidente, es el dueño de la empresa de productos químicos que da trabajo a buena parte de la comarca, entre empleos directos e indirectos, y fomenta la economía local con todo

el engranaje que genera a su alrededor. Las otras diecisiete personas que lo componéis sois artistas provinciales bastante mediocres, que buscáis la distinción de pertenecer a una asociación "exclusiva" como esta, pero que tenéis el "mérito" añadido de que, de una forma u otra, sois localmente poderosos. Estamos simulando que debatimos entre daros la generosa subvención que solicitáis, y que seguro va a indignar al resto de asociaciones sin ánimo de lucro de la localidad por agravio comparativo; o no concedérosla, teniendo la certeza de que os enfadaréis, y en una ciudad pequeña como esta no nos conviene a nadie. Yo, como alcalde, no tengo más remedio que ceder. Así que, con un solo voto en contra —siempre tiene que dar la nota Pepín, "el anarquista"—, os soltamos la pasta.

III

La conferencia que impartirá el artista teórico Federico Billiard sobre "La transición de las tramas en la fisura del lienzo" requerirá, como sabéis, invitación previa. Nos las repartiremos a partes iguales, así controlaremos quienes son los que asisten. No queremos que se llene la sala de personas *have no idea*, sin sensibilidad ninguna. Sería todo un desperdicio de espacio. Antes de nada, si os parece, repasaremos los puntos principales del esquema que nos ha pasado para preparar el coloquio posterior, no vaya a ser que a Billiard, que es todo un artista consagrado en la provincia, le parezcamos unos indocumentados. *You know?* Escuchadme con atención. Primer punto: ¿Objeto? ¿Concepto? ¿Posverdad? Conjuramos la abstracción de las coordenadas de génesis como eje principal. Las metáforas visuales en su fin adquieren un contorsionismo onírico escupiendo trazos invisibles. Todos conocemos el proceso único y exclusivo que nos atrapa. Somos especiales y lo sabemos. El único objetivo del arte es el arte. O no… La creación nos acaricia, nos quiere. Hagámosle el amor.

IV

Vaya farsantes. Sois unos elitistas y unos pedantes. Ahí estáis todos, saliendo del local de la asociación con vuestras

jetas de satisfacción, hablando con palabras "importantes". ¡Pero qué idiotas que sois! Buenos cuartos de nuestros impuestos os vais a llevar para hacer chorradas. Qué pena de hipocresía… Todos piensan así y resulta que yo fui el único que votó en contra. ¡Corporación de vendidos!

Miraos cómo vestís. Vais de alternativos y sois una mala copia del manido rollo del artista, queriendo mostrar un inconformismo que se ve falso. Solo hay que mirar vuestras ropas de marca. La barba de pocos días, melenitas…, los que tenéis pelo, claro .Dan ganas de reír ante la representación de vuestro teatro tan bien orquestado, vuestra fabricada apariencia de creadores, de únicos y privilegiados escogidos para el arte. Farsantes de pacotilla. Os lo habéis sabido montar muy bien. Para vosotros mi admirado aplauso.

V

Queridos artistas, en esta *master class* impartida por Paco Santorini, que en breve llegará —su tren ha sufrido un leve retraso—, artista vanguardista bien conocido por todos y recientemente reconocido con el Premio anual del Modern Art Museum de Bristol, vamos a glosar la trayectoria de Ducities y su vigencia indiscutible. Entre sus sublimes obras, todos admiramos su *Pato a la naranja sobre un patinete,* pero, decidme compañeros, cómo no quedarse mudo, petrificado, exhausto de admiración al contemplar el que fue su primer *ready-made,* ni más ni menos que su obra "*After I broke my leg*", esa iconoclasta muleta colgada en el techo mediante un hilo. Gran impacto, metáfora insigne. Sí, sublime, amigos. Como la colocación de un inodoro en medio del salón de *The Society of Liberated Artists* de Londres. Modelo e inspiración para tantos de nosotros.

Antes de nada, nos haremos todos unas preguntas iniciales: ¿Existe un arte objetivamente superior a otro? ¿O se trata de una cuestión de paradigmas estéticos obsoletos representados en un espacio no espacial, y por lo tanto irreal? Pues bien, reflexionemos…

VI

Lo que hay que tragar. Como alcalde, acudir a vuestra clasecita de iluminados, más rara que un perro morado. Y encima tener que escuchar como eleváis a los altares a Ducities, que fue un gamberro que convirtió una broma en dogma que hoy en día siguen como borregos muchos artistas internacionales. Abrió la caja de Pandora de desastres que hoy llenan los museos de medio mundo, desde latas de mierda a aire de artista. Me hago el que no entiende de arte para nutrir vuestro ego. Vosotros creéis saber más que nadie. Pero a mí me da igual. Mientras saque provecho de ello, seguid creyendo. Hemos tenido que transigir y dejaros todo el edificio del ayuntamiento para esa exposición vuestra, si es que se puede llamar así. Esta mañana empezaron a llegar los bártulos. Los conserjes nos preguntaban si de verdad esas cosas eran las obras o una broma que les estábamos gastando. Es lo mismo, a vosotros no os importa en absoluto su opinión. Es más, con su incomprensión os reafirmáis más en vuestra verdad de que la gente corriente no está preparada para "entender".

VII

A ver si está todo *ok*… Vamos a repasar la descripción de las obras para que todo se encuentre en su sitio. En el salón de plenos, la gran caja pintada de verde llena de hojas secas de Kiko Herranz. Veamos si el rótulo está correcto… "Alegoría del otoño en un ortoedro". *Great*. Posado a su derecha, la otra obra de Kiko. Ya está en su sitio el paraguas amarillo invertido y lleno de patitos de goma: "Eclosión e inclusión monocromática". En las paredes hemos colgado los marcos vacíos de Nacho. "Ausencias", correcto. Por todo el recinto, regatos de vinilo azul "El río de la vida", creación colectiva. Cara y cruz, duda en "Entre la espada y la pared". ¿Habéis fijado bien la espada? Avanzamos. En el hall de entrada, "Mingitorio bajo dosel", homenaje de Águeda Pérez a Ducities. Hemos distribuido las obras de los más jóvenes alrededor de esta instalación central. *That's rigth*. Salimos. Desde el exterior vemos las dos cabezas de cerdo colgadas del balcón. Rompedor alegato contra el maltrato animal de

Alex Tarancón. En la puerta de entrada el cartel de la muestra. *Nice*… Tenemos todo en orden para la inauguración.

VIII

Mirad el paripé que habéis montado, para mearse de la risa. La *performance* de bienvenida ha sido la de Dios, un espectáculo con el que nos hemos quedado todos los asistentes con la boca abierta y divididos entre aplaudir o darles una hostia. Al final los aplausos fueron sonoros y de satisfacción, aunque las caras de casi todos indicaban lo contrario. Tres tíos disfrazados de zombis gritando: "la cultura está madura" o "del arte me como una parte", mientras se retorcían en el suelo hasta quedar quietos del todo ha sido flipante, pero el final lo ha superado, cuando les arrojasteis patas de gallina con sus uñas y todo a los "cadáveres". Solo vosotros sabéis qué habéis querido decir o qué mensaje, si es que hay alguno, quisisteis trasmitirnos, pero vamos, que ha sido una mierda pinchada en un palo ni más ni menos. Sin embargo, os doran bien la píldora los entendidos de arte de pacotilla que acuden a estos actos. Y los de la corporación también, claro, incluido el alcalde. Miradlos haciéndose fotos con vosotros para el periódico. Y diréis, ¿para qué has venido tú, Pepín? Pues es fácil, yo venía por los canapés, y ¿qué me encuentro? Esta horterada del sushi y del vino azul, que solo verlo me recuerda a un friegasuelos de lavanda. Encima de soportar que mis impuestos se gasten en estas chorradas, ni de comer me habéis dado. Vaya churro de "obras". ¡Y las llamáis arte!

¡Anda! Trajisteis también el orinal de la abuela. Debe ser por si están cerrados los aseos aquí adentro. De puta madre…

IX

Alcalde, concejales, vecinos. Nosotros, como *plastic artists*, nos esforzamos por estudiar y reflexionar respecto a los argumentos ulteriores de una obra, que, por regla general, procede de líneas de pensamiento, conocimiento epistemológico y metafísico y conexiones de la psiquis que solo al-

gunos se dan el tiempo de interpretar. Somos unos pocos privilegiados los que tenemos "el don". Interactuamos con trabajos sumamente conceptuales y de difícil lectura, creando por ello una segmentación de público determinada. Así todo, disfruten en la medida en que estén preparados. *Well*. Vamos a hacer un recorrido didáctico empezando por el hall. En el centro, como van a ver, la obra: "Mingitorio bajo dosel", una instalación homenaj…

—Pero… pero…Pepín, ¿qué haces?, ¡qué haces…!

X

Por fin se acabó la semana cultural y con ella vuestra famosa exposición en el ayuntamiento. Hasta en mi despacho he tenido que quitar trozos de vinilo azul que pegasteis por el suelo. Se armó gorda el día de la inauguración. Pepín meando en el inodoro de la instalación del vestíbulo. Os pusisteis como locos, más aún porque la mayoría de la gente no pudo aguantar las carcajadas y aquello parecía un teatro de comedia al más puro estilo de los Monty Python. Total, que no vais a volver a hacer exposiciones en la ciudad ni queréis saber ya nada de vuestros convecinos, eso quedó claro. Además, en pleno cabreo lanzasteis unas palabras muy poco amables, no solamente "al anarquista", sino a todos los allí presentes, y lo que lograsteis es que la gente dijera lo que realmente pensaba de todo aquello, que fue de todo menos bonito.

Aquel día, al ir hacia mi casa, iba pensando en la similitud que encontraba entre todo lo acontecido y un cuento de mi infancia. ¿Conocéis "El traje nuevo del Emperador"? Pues bien, la diferencia es que quien vio la verdad y la evidenció en nuestra historia no fue un niño, sino Pepín, y todos los demás terminaron de darse cuenta y de gritarlo a los cuatro vientos.

Después de esto, os pregunto: ¿qué se les ocurrirá el año que viene a nuestras asociaciones locales, a nuestras "sectas", como me gusta llamarlas? ¿Qué ideas tendrán la Agrupación de Cuentistas y Poetas, la Sociedad de Defensa de las Tradiciones Locales o la Cofradía del Queso Curado…? ¿Y

las otras once? Sabemos que solo ellos, los que están entre los límites de cada una de ellas, pueden saberlo, y aunque imaginemos mil historias, todos hemos comprobado en muchas ocasiones cómo la realidad supera a la ficción.

Estad bien atentos, abrid grandes los ojos y preparad vuestras mentes para cualquier cosa, mis queridos vecinos. Todo puede ser posible en la próxima semana cultural del municipio.

A este texto lo denominaría "realismo trágico". El manifiesto orgullo corporativo de los artistas e intelectuales, seudocultos, ante la plebe, avanzados en su concepción del arte, es tratado con sarcasmo, casi con burla. El autor ironiza con la impostura de sus personajes (elitistas y pedantes), con el protagonismo que han logrado, cierta relevancia que no surge de sus capacidades, sino de sus presunciones. Y disponen de regalías por otros poderes que no son artísticos y montan un circo para sus egos. Y el público no puede decir "¡Qué cagada!" hasta que alguien les avisa que no hay función. Y ahí pasamos de la acción a la reacción. Creo que es un buen relato, con lenguaje muy estudiado y concebido de acuerdo al contexto, tiene el tono de esos eventos y las expresiones en inglés lo realzan. Tiene fuerza, humor y pluralidad. El cuento es muy bueno.

Noris Barro

Es un texto provocador, no tiene desperdicio. Es humor y cuestionamientos, inquieta, no está contado desde la gilada, sino con sentido, refleja una realidad que nos rodea siempre. Duro, descarnado frente a los artistas. Será que uno se prende con eso, que así lo siente y le parece que está bien, es una manera de reírse de los que se creen superiores, que están por encima de todos. Es un cuento humorístico aplicable a cualquier situación y si fuera por mí lo ponderaría, lo propalaría porque al menos nos llama a la reflexión más profunda, claro. Un tiro por elevación al culturismo.

Rubén Padula

La belleza quita penas

Facundo Yedro[10]

10 Argentino, de la ciudad de Río Cuarto, Córdoba. Seudónimo: Señor Thompson.

Hay que hacer algo, me dijo. Yo miraba el piso y le oía. ¿Viste lo que era el hijo del Ricardo? Irreconocible. ¿Sabés por qué llora la gente en los velorios? ¿Sabés por qué lloraba él? Me preguntó. Fue una pregunta retórica. Porque son feos, continuó. Se mueren feos. Uno llega ahí para verlo por última vez y son una patada en los huevos. ¿Cómo uno no va a llorar? En vida hacemos lo posible por ser hermosos. Nos higienizamos, peinamos, cepillamos dientes, elegimos la ropa, cada mañana gastamos cuarenta minutos para ser agradables a los ojos de otros. ¿Prestás atención, no? Ni al tacto, ni al oído, ni al gusto, ni al olfato del otro. A los ojos. Después nos cagamos muriendo y quedamos como el pibe. Nos peinan con un peinado que nunca tuvimos. Estamos afeitados. Qué les importa si usábamos barba. Nos ponen un traje como si fuésemos empresarios. Los familiares lo desconocen. ¿Cómo uno no va a llorar?

Escuché sin interrumpirlo. Cuando acabó, pregunté si para eso me había insistido en ir. Afirmó. Quería sacarme la mala espina. Fue la confirmación de un pensamiento que me atormenta, dijo mirando el cajón. Lo vi ahí y era como otro, continuó. Parco. Soso. Vacío. Amarillo. Oloroso. Fétido. Insulso. Añejo. Distante. Vacío y amarillo, sobre todo. Inmediatamente observé a Juan. Él era todo lo contrario a eso. Juan acostumbraba a llevar la barba prolija, pantalones ajustados, zapatos en punta. Iba al gimnasio. Desayunaba palta. Tenía paquetes de frutos secos y consumía avena.

Hacía semanas que no me comunicaba con él. Sin embargo, estaba atento (de un modo paternal) a su trabajo. En los diarios su método había sido noticia. Me gustaba pasear por las calles cercanas a la casa fúnebre solo para verle ingresar. Imaginarlo parado al lado del cajón como un artista cuando expone. Pero temía sus prácticas. Muchas veces me pregunté si deseaba morir hermoso o morir feo; y me costaba asociar la imagen de la muerte con la belleza. Él me escribió al celular. Lo hizo como si nunca hubiese pasado el tiempo. Hoy expongo a mi tía, dijo, hoy expongo a mi tía. Quiero que la veas. Voy, respondí. Cuando llegué al cajón, no lamenté la muerte. Sentí que aunque fuese mi vieja no iba a poder llorar. Juan me miraba y levantaba las cejas. Qué te parece, preguntó. Bastante bien, dije. Juan me mostró una

foto de la tía. Estaba apoyada a una pared. Con el brazo extendido. Era de un viaje que había hecho a Iguazú. Esa señora no se parecía a la difunta. Juan le había emparejado las cejas, un efecto de sombra resaltaba los ojos, los labios parecían inflados. Lo bueno, me dijo, es que se le pueden inyectar sustancias sin temor a efectos adversos. Mirá eso. Me señaló los pómulos. Le inyecté toxina botulínica. Está hermosa la tía, dijo. Parece diez años menor. Y le acarició el pelo. No quise tocar acá. Estiró el pelo. Le hizo un rulo. No quise tocar acá, habría sido demasiado para la familia. Un cambio brusco. No se trata de un aspecto estético, esto es un cambio de paradigma. Hay que ser gradual. ¿La gente lloró? Le interrumpí. Menos que en otros velorios, me respondió. ¿Cómo sabés? Hice cálculos porcentuales. Acá el sesenta por ciento ha llorado. En cambio, con el hijo de Ricardo, al noventa y siete por ciento se lo veía angustiado. Juan siguió hablando pero dejé de oírlo. Pensaba en la tía de Juan. En la muerte. En la juventud.

O a la tía la querían poco o la belleza quita pena, sentenció.

Siete días después, me escribió al celular. Te voy a enviar algo, leí. Eran fotos. Decían: Fabiana, 17 años, cáncer de piel, le gusta el rock (remarcar tatuajes). Arturo, 73 años, infarto agudo de miocardio, fan de Batman. El negocio está marchando, dijo, vení. Antes de entrar leí: Fabiana Cima, Sala 1. En el pasillo había gente. Los observé. Tenían la misma expresión que se usa en la cola de los bancos. Juan estaba parado al lado del féretro. ¡Qué hermosa está la nena!, dijo una señora cuando se acercó a Fabiana. Muchas gracias, respondió Juan. Hasta ese momento nunca había pensado en tener relaciones con un muerto. Pero a Fabiana daban ganas de arrancarle el vestido con las manos. De comérsela cruda. Está re fuerte la Fabiana, dije. Gracias, respondió. Le puse unos rellenos en las tetas. Y empecé a estudiar patrones estéticos. Hay ciertas proporciones que si las mantengo constantes y en equilibrio se traducen al ojo como bello. Igual que el hombre de Vitruvio. Cuando uno se mueve no es tan fácil mantenerlas. Pero quieta, pasiva, muerta, el efecto se vuelve sencillo. Por eso a vos y a todos les gusta Fabiana: matemática.

A la salida fuimos a una pizzería. Me contó que le llegaban pedidos de gente que, en vida, quería contratar sus servicios. Ya no le tenían miedo a la muerte, temían al espanto de la fealdad. Gracias a él teníamos un factor común con la muerte: la belleza. Me explicó que tuvo que tomar empleados. Comenzó con una secretaria. Me invitó a ver el desarrollo de su producción. La próxima que me surja, te aviso. Acepté.

Tres días después fui. Me hizo pasar a la habitación. Estaba fría. Había olor a químicos, como aerosoles. Me dio una silla. Cebate unos mates, dijo y sonrío. Ahí pude ver la transformación a un concepto que no debería llamarse muerte. Juan se colocaba detrás de la cabeza del finado. Con un lápiz marcaba puntos y líneas. Tenía reglas y calculadoras. Barbijo y guantes. El secreto está en las proporciones justas, dijo. Como la receta de una torta. Usaba pinceles, maquillaje, inyecciones. Hacía cuentas matemáticas. Tenía labiales. Tenía dientes de acrílico. Y, por sobre todo, no improvisaba.

Quizás fue la necesidad de eternidad o eliminar el elemento trágico, pero la empresa marchó y no lo volví a ver. En fotos, sin embargo, estaba en todas partes. Él me comentó de su negocio en Asia, de la belleza de la asiática muerta. Porque viva era atractiva la latina, pero muerta no había con que darle, la china le sacaba diez cabezas. ¿Y cuándo volvés?, le pregunté. No sé. En Asia gana la burocracia. Tengo que llenar veinte papeles antes de tocar una ceja. De acá vuelo a México. De ahí subo hasta los gringos.

Me lo mostraron para que lo reconociera. Pienso que Juan no buscó riquezas, sí nombre. Imagino su tozudez para cambiar el paradigma de la vida. Son ocurrencias mías, como imaginamos a nuestros amigos héroes. Que no murió en un accidente, ni se suicidó tirándose al tren, o por una torpeza, hablando a las apuradas con el celular. Imagino que a Juan lo amedrentaron, que el negocio de la muerte tradicional no dejaba espacios a nuevos formatos. De esos donde se ha olvidado la pena de la muerte, la desdicha. A Juan lo vi con el pelo engrasado, la barba desprolija y le faltaban tres dientes de adelante. Empecé a llorar y no paré. No pude parar ni cuando llegué a casa y llamé a todos los que lo conocían.

Un título que ya es un decreto. Después, podríamos limitarnos a apreciar el cuento por el ritmo, por lo visual, pero es el elemento necrológico del contenido lo que lo hace disfrutable; hay indicios de un plan extravagante. Redactar con ironía en un contexto de muerte, y más aún: que ese evento sea productivo, eficaz, que el amigo nos convenza con sus argumentos y pueda demostrarlos, que ese cambio de paradigma sea posible y ventajoso es una idea que vende. Muy original, muy bien logrado el sentido, el fino toque de humor, los recursos progresivos en un desarrollo que no se queda en simple anécdota, nos da otros niveles de lectura: literal, moral, alegórico. El monólogo interior del final denuncia el triunfo de un rito impuesto: el negocio de la muerte tradicional que nos exhibe vacíos, amarillos, despojados de toda gracia. ¿Cómo no vamos a llorar? Sin duda, uno de mis preferidos.

Noris Barro

Antes del fuego

Eduardo Hugo Jaramillo Muñoz[11]

11 Oriundo de la ciudad de Quito, Ecuador. Seudónimo: Cuenfuego. Profesor en Lengua y Literatura, licenciado en Lenguaje y Comunicación, magister en Educación Superior e Investigación Aplicada. Tiene obras editadas de poesía y narrativa y ha sido incorporado en diversas antologías de poesía ecuatoriana. Ha obtenido diversos premios en concursos literarios de poesía y narrativa y un Reconocimiento al Mérito Internacional del gobierno ecuatoriano (2012).

… ¡Al laberinto! gritó alguien, ¡al laberinto! y todos corrieron al aserradero donde el Jorge Negrete había construido el rompecabezas de tablones en el que solo él sabía conducirse. Había que verle apareciendo y perdiéndose entre las tablas, dándoles pistas a los otros niños con esa risa de hiena, como solía decirle al cura Eusebio, pero que para ellos era como el campanazo para empezar o acabar el juego. Él, investido de plenos poderes, asignaba el sitio del ojos con hombre, del manco quinceuñas, del tilico, del pasta agria, del esmirriado, del pecas invisibles, porque para el Jorge, nadie perdía, solo esperaba su turno. Todo era cuestión de genio asolando el humor del padre Eusebio, que no soportaba la asonada del patalsuelo correteando detrás de la pelota de trapo frente a la iglesia: entonces les mandaba ¡a jugar en el mismísimo infierno! para que de una vez se hicieran hombres de dios…; y el Jorge Negrete, a punte risas, llevándose la gallada a otra parte —cura Eusebio— *a jugar al capirotejo que te monto y te dejo un guagua pendejo*… Había que verle vaciando la alegría en el rostro de las beatas santiguándose detrás de los visillos.

Las ventanas son las vitrinas del pobre, decía el Jorge, y se llevaba a la gallada al árbol de nogal frente al ventanillo de la señorita Otilia, ¡calladitos guambras! Porque las noches de vistas eran el mayor secreto del barrio, que no compartían las beatas, y decían a grandes voces agazapadas en el confesionario que la señorita Otilia estaba para vestir santos, aunque el Jorge Negrete afirmaba lo contrario, porque *ella estaba para desvestir curas*, decía el muy incrédulo, que eso de no desearás a la mujer de tu prójimo era puro cuento, porque a pesar de que todos los hombres querían verle a la señorita Otilia ¡desnudita como dios manda al mundo a cualquier cristiano!, solo el Eusebio se deslizaba a su cuarto los viernes de luna llena y gateaba hasta su cama y allí desgastaban, juntos, todos sus deseos sin que les importara el prójimo para maldita sea la cosa.

Él conoció al prójimo una de esas tardes en las que su madre estaba malgenio dejando caer las lágrimas sobre las piedras para que nadie pudiera enterarse que tenía alma como todos, entonces él le preguntó que quién era su padre y ella sin enseñarle el rostro le dijo ¡un prójimo! Y cómo es el pró-

jimo madrecita, dime, dime como es él… Entonces le contó que una de esas noches de lupanar llegó ese marino de agua dulce pata de palo inmundo y además ignorante de esos a los que en cada puerta una mujer espera y la quebró, quemándola, abismándola como a una gaviota perdida en un arenal, *sembrándole este Jorge Negrete que le ha pesado toda la vida como un tallo de recuerdos.* Entonces él corrió feliz al laberinto y les dijo a todos *"síganme nos vamos a la casa de los murciélagos"* donde habitan el Teófilo el tuerto y allí junto al palomar inventó otro juego muy difícil porque había que escribir el abecedario en unos pedazos de papel letra a letra, el Jorge lo llamó el solitario busca una fecha, entonces explicó que *más allá de esas montañas se abre el mar, ese mar* —dijo— *por donde anda mi padre visitando hembras y yo quiero que él sepa que tiene un hijo y quiero enseñarle a escribir mi nombre*, entonces ató los papelitos a las patas de las palomas que eran la vida de don Teofilito y las soltó una a una j-o-r-g-e-n-e-g-r-e-t-e infinitándolas en el vientre de la tarde.

Así, como mansas palomas los guambras empezaron a llegar donde lo del cura Eusebio, dizque a prepararse para hacer la primera comunión en masa, solo al Jorge Negrete se le veía ahora, midiendo cabizbajo las soledades del laberinto soledoso solo, mereciendo su sueño vacío de seres, soportando su risa sumida bien adentro de su cuerpo, mientras los otros felices en su pedazo de cartón santificado que les entregaba el cura Eusebio después del catecismo para que el domingo *vayan a ver, guambras, el ataúd del vampiro en el cine de los josefinos*, mientras esperaban el exorcismo supremo que les daría por buenos, quince días después de semana santa, porque en esa semana ¡oirán bien! Vociferaba, nada se puede hacer, ni comer carne, ni jugar, ni gritar, ni oír música de los demonios de esos tales Beatles y cuidadito con irse a bañar el viernes santo, ni una sola gota de agua, lo oyen… porque no quisiera ver plagado de bagres o de pirañas o de güille güilles este hermoso río orgullo de la comarca, porque no en otra cosa podrían convertirse ustedes recua de pecadores de baja estopa…

…Al rescate de los guambras —se dijo— y le vino de golpe la idea y salió corriendo donde lo del cura Eusebio y poniendo la cara lo más parecida al niño de la buena espe-

ranza le pidió que le dejara ser su monaguillo el día de las primeras comuniones, abriéndose un agujero en el orgullo, hirviendo colorado delante de la gallada, que sumiendo sus caritas en el suelo le unieron el cielo con la tierra:

—¡Monaguillo vos! —Vociferó el cura Eusebio, muerto de iras.

—¡Sí padrecito, eso quiero!

—¡Y qué me importa lo que tú quieras negrete renegrido ocioso vago sucio hediondo anda bañaraste primero…!

Entonces el Jorge se rio mirándole a los ojos al cura Eusebio y se marchó gritando ¡claro que voy a bañarme taita cura claro que voy a bañarme claro que lo voy a hacer ya lo verá que voy a bañarme aguante taita cura que si voy a bañarme!...

Se bañará el Jorge Negrete, se bañará el viernes santo se bañará, amanecieron pintadas las paredes, el Jorge Negrete, se bañará el viernes santo, pegados papeles en las ventanas en las vitrinas en los postes, cartas por debajo de las puertas y las noches la gallada que ahora era la pandilla armada de tapas de olla, de asientos de olla, de cornetas de cartón, correteando por todos los rincones del pueblo entonando: *El Jorge Negrete se bañará/ rataplán rataplán rataplán / el viernes santo se bañará!!!*

Y el Jorge Negrete se posó en la punta de la lengua de todos en el desayuno, en el almuerzo, en la merienda, en las pesadillas, en el sermón de las seis de la tarde, en el deseo mutilado de todas las vírgenes que ahora quieren reclutarse en la pandilla: ¡las bastoneras, *ellas serán nuestras bastoneras en la mañana de peces* —dijo el Jorge— y las engalanó con cintas de papel crepé, para el ensayo, porque debían salir una a una de cada casa para flanquear a la tropa que abrirá el camino de este Jorge hasta al río… Ese viernes santo nadie quiso perderse la metamorfosis satánica que esfumaría al negrete a no sé qué nebulosas eusebianas con la oración de la aurora en la que todos emprendieron la veloz peregrinación hacia el río: Corran corran…. No empuje vea señora, por ese lado del chaquiñán es más fácil abuelita… Sin importarles que el cura Eusebio engalanado con sotana nuevecita

trataba de detener el tropel inútilmente… Corran corran a ganarse puesto por ese lado, formando hileras frente al río sin mojarse…

Quiora viene pues el negrete ese, ya van a ser las doce pues. Creo que nos tonteó el muy cobarde, que va a venir dijo el mentiroso, pero yo le mato a este… Vean que hacernos faltar a la misa de la aurora, yo le mato. Qué se habrá creído, pero ahí, ahí viene, ahí viene, véanle no más y en pelotas viene, a toda carrera viene. Elé vea bonita ahí viene por el chaquiñán viene, lluchitico viene, no le vea no le vea al sinvergüenza, cómo se atreve, tápate los ojos Teresita no pecarás porque es viernes santo, no le veas lluchitico, no verás, no verás, ya pasó por ahí vea, pero si casi alcanzo a tocarle, por ahí ya se va, ya se mete en el río, Jesús ya se metió, que la virgen le… Y se abrieron las aguas del río para recibir el cuerpo desnudo del Jorge Negrete que nadó a sus anchas minutos interminables yendo y viniendo de una orilla a la otra sin perder un milímetro de su ser que iba dimensionándose entre los resquicios del silencio que mantenía en vilo a la multitud, girando como en un carrusel entre la realidad y la fábula sin atinar a mover un solo músculo so pena de salir del trance al que sin deliberar todos se habían convocado.

Algunos creyeron ver en fracciones de segundo una inmensa cola plateada rompiendo la mansedumbre de las aguas, a otros les salpicó una pequeña escama transparente que al tocar su piel se convirtió en gota de fuego que les quemó hasta la médula, otros creyeron oír un ruido semejante al que hace el cuchillo cuando se limpia los pescados antes de freírlos… De pronto vino un chillido de lo alto desde el extremo del puente donde el cura Eusebio se había agavillado y gritaba con voz quebrada ronca como lástima engendrada en la derrota: ¡maldito demonio pecadorrrr…!

…Entonces nadó más raudo que un delfín hacia la otra orilla y desde allí hizo signos en el aire y en veloz carrera se internó entre los eucaliptos dejando atrás boquiabiertos miradas coléricas puños amenazantes santugüadas y muchos donde te encuentro te mato…

…La gallada se reunió en el laberinto cansados de buscarle al Negrete en los escondites secretos, en el recodo de la ace-

quia, en la lata de miel de la Guadalupe… Nada, no asomaba ni el nombre, hasta que el día se perdió en el cielo hecho trizas, cómplice como cuando un hombre decide sumirse en los abismos de su propia piel… pero en alguna parte ha de estar porque nadie se esfuma así no más como si nada y entonces empezó ese ruido feo frío crujiente allí en lo más recóndito del laberinto, poniéndoles carne de gallina, pero atrayéndoles a sus fauces… Y el tímido llegó primero luego el huevas de hule y el cejas y el quince uñas y el pecas invisibles y los demás detrás empujándose agarrándose de las correas como si el miedo jalara para adelante poniéndoles al borde de ese ruido desconocido indescifrable que helaba la sangre. Todo terminó de golpe, allí estaba el Jorge Negrete inerte colgando de una cuerda columpiándose tomando vuelo para el último salto mortal de su vida…. ¡Todo terminó en el laberinto en esa línea de fuego alrededor de mi cuello…! Ahora cuelgo de esta cuerda sin sentido… Nunca sabré si ganó el cura Eusebio o este recuerdo que soy Jorge Negrete j-o-r-g-e-n-e-g-r-e-t-e.

Realismo mágico que inevitablemente nos remite a García Márquez. Pero el autor arriesga más: nos ofrece la epifanía, la revelación dentro de un acontecimiento religioso. El liderazgo de Jorge, su sabiduría, su historia (el prójimo es sensacional), el baño con un espectáculo montado para que los fieles e infieles repudien o aprueben: "y se abrieron las aguas del río para recibir el cuerpo desnudo del Jorge Negrete". Y ese final tremendo, que nos deja la misma duda que al narrador, porque ignoramos si en este laberinto de "eternizadores de dioses del ocaso" ganan los represores o los creadores de libertad.

Noris Barro

Un texto diferente, resalta por sí solo. Una vitalidad apabullante, ingenioso, profundo, desbocado. Vale la pena leer un texto así, vale promocionarlo. Va por otro lado pero nos mete en los personajes, en sus cuestiones, las ensoñaciones y la realidad, una pintura común con un cierre exquisito. Pululan expresiones de otras realidades y se nos escapa su comprensión profunda. Lo bueno es el ritmo acelerado, un conflicto creciente, lo que hay en torno, la iglesia, el pobrerío, las putas y los hijo sueltos, los ritos, los juegos, una prosa que se escapa, que fluye, mezcla, nos convoca. Y un Negrete que quiere ser y termina ahorcado, o por lo menos eso parece.

Rubén Padula

Las cajitas de Malena

Nanci María Noemí Vilalta[12]

12 Argentina, de la ciudad de San Lorenzo, Santa Fe. Seudónimo: José V. Tiene dieciocho libros publicados, sobre todo novelas. Con *Las dos patas del perro* obtuvo el Premio Escriduende a la mejor novela negra 2018 (Editorial Sial Pigmallón).
Ha participado en numerosos encuentros y congresos nacionales e internacionales como ponente y ha dictado talleres en Paraguay, Perú, Puerto Rico, Ecuador, México, Uruguay, Colombia, Panamá, Canadá, España, Francia, Marruecos, Túnez y Estados Unidos.

Cuando la vi tenía las medias bajas, hechas un acordeón sobre las piernas. Estaba envuelta en niebla. Una niebla de junio que baja desde el Riachuelo. Había escuchado su voz del pájaro una noche y algo de esa mujer quedó impregnado en mi sangre. Malena no parecía Malena. Tenía un desamparo que no se le notaba sobre el escenario. Fumé todo el cigarrillo antes de acercarme. Tenía nervios, no puedo negarlo. Ella era algo único cuando cantaba. Aquí a unos pasos era apenas un gorrión. Pude haber pasado de largo, pero unos hilos invisibles me llevaban hacia ella. Qué haces, le dije, tironeándola del brazo. Ella pareció mirarme, pero creo que no me veía, zafó de mi mano y se le cayeron unas cajitas rosas y negras. Largá, ¿qué te pasa? Ya no canto. Ya sé que no cantás, quiero tomar un café con leche con vos ¿aceptás? Sin decir una palabra y tropezando en sus tacos me siguió con la voluntad más floja que un flan. En cada esquina parábamos a tomar aire o fuerzas. La agarré de las manos para sostenerla. Ella me dejaba hacer. Había escarcha sobre las manos. Debió estar parada horas o días contra el paredón del almacén. Al cruzar la puerta del bar de los gallegos el calor nos abrazó. Ella, Malena, pareció revivir. Se fue para el baño. Volvió envuelta en perfume, las medias subidas, la cara compuesta. Gracias, pibe y se dejó caer sobre la silla. Yo tenía la barba rala y una facha de falta de olla que no disimulaban ni los pantalones ni los tiradores ajustados. Debí mirarla embobado porque me repitió, ya no canto, mientras sus manos acomodaban con infinito esmero las cajitas rosas y negras.

Después de un tiempo interminable, alcancé a balbucear, ya lo sé, pero tengo para siempre tus tangos por aquí, y le señalé las venas de los brazos. Ella alargó la mano, como en un sueño, y me revolvió el cabello. Hubiera querido estaquearme a la silla. Parar el reloj allí de punta como una lanza.

Apareció el gallego con dos cafés con leche humeantes y con cuatro medialunas madrugadoras. Yo instintivamente con los dedos en los bolsillos conté las monedas. Me alcanzaban, justito.

Atento pibe, dijo Malena, estas son mi vida. La miré desconcertado, mi edad no daba para medir aún los afectos.

Me parecían solo unas cajitas miserables, tontas si se quiere. Aquí en esta guardo los nombres de los muertos, mis muertos. Algunos están vivos. Y la destapó, eran minúsculos papelitos desiguales. Juntó los caídos y volvió a cerrarla. En esta los que me juraron amor. Al sacar la tapa estaba por la mitad. Con la punta de la uña los acomodó unos sobre otros. Esta es para los amigos. Había dos papeles que se movían cómodos en la caja. Le señalé la cuarta (si hubiera tenido más edad no lo hubiera hecho) ¿Y esa? Al instante me arrepentí. Por sus ojos oscuros pasó la amargura del mundo. Es para los amores actuales, para el amor, pibe ¿entendés? Y sacó la tapa sin ninguna piedad. La caja estaba vacía, solitariamente vacía.

Y así como abrió la cajita se puso a cantar a todo pulmón. Éramos cinco personas en el bar de los gallegos. No sé qué pensaron los otros, pero a mí se me hizo un fuego por dentro y también un desgarro, sabía que Malena se iba, ¿a dónde?, ni ella misma podía decirlo. Yo ataba la noche con letra despareja en las servilletas de papel del bar. Para algo sirve lo ordinario, dijo ella. Todavía se usaban las servilletas de tela almidonada, blancas, prolijas. Pero esto era la noche y la intemperie. Por los vidrios rajados del bar de los gallegos y aun en los ventanales enteros, se filtraba un aire que congelaba la carne. Pude tocarle las manos, pude darle golpecitos de cariño entre el desparramo de cajas. Pude a medias y con una lengua torpe decirle las frases que había pensado en la almohada o en el centro del cabaret, temblando en sus melodías. Ella llegó a reírse con ganas y a decirme, pibe mirá que sos ocurrente. Hasta ahora nadie me hizo el verso como vos, tenés un buen chamuyo.

Malena se fue esa mañana a algún sitio del mundo. Buenos Aires se quedó vacía de su voz. Buenos Aires siguió insistiendo con el tango pero al fuelle le faltaba aire, el temblor de Malena.

Para cuando volví a saber de ella a mí se me había caído todo el pelo. Ya no tenía los berretines de la juventud y ni siquiera creí demasiado en lo que me dijo Enrique. Podía ser una broma o simple confusión. A Enrique una noche de copas entre cigarros negros y mucha nostalgia le había

contado de Malena. Tanto como para justificar una letra de tango. Enrique había viajado con su orquesta a New York, ciudad como pocas, ciudad de alto, puro alto, decía Enrique y vino con la cabeza llena de luces como si él mismo fuera un cartel luminoso. Él jura que una mujer rubia, de rostro gastado se le sentó en la mesa decidida. Usted es argentino, le dijo, nosotros fuimos presentados. Y alargó la mano flaca y el apretón de manos fue inevitable. Ese gesto bien podía ser de Malena. No tenía vueltas. La mujer había arreglado el cabello tras la oreja y después de compartir una copa había sacado unas cajitas pequeñas y sucias. ¿Qué color?, lo apremié. Mirá si voy a ver los colores con la poca luz del local. ¿Para qué querés saber el color? A mí me pareció media loca, qué querés, y no podía sacarla con esa facha hasta que ella misma, riéndose dijo, soy Malena, ¿te acordás? No se le había pegado nada de los gringos. Solo la ropa (vos sabés lo que les gustan las pilchas a las mujeres) se parecían a las del lugar, el resto, los ojos, la boca, los ademanes seguían siendo nuestros. Eso debió moverme a preguntarle, pero como siempre hacía, llevó ella la conversación. Le hablé de Buenos Aires, de las calles, de los amigos. Le conté Homero, te juro, que vos habías hecho de ella alguien inolvidable. Fue en el único momento en que se le llenaron de agua los ojos. Ese muchachote torpe tiene un gran corazón, dijo, yo no canto más desde esa noche. ¿Sabrá él que ya no canto? No importa Malena, le dije, lo hecho, hecho está. Y Enrique me aseguró que la voz a ella le salía como un puñado de arena, sin brillo, para adentro.

Le insistí en medio de la conversación, cómo que no tenés la dirección o lo que hace, ¿soltera, casada? La cabeza de Enrique hacía gestos desorientados. Una banda de amigos nos rodeó. No tuve oportunidad de seguirla y ella como siempre, tenía un andar ágil, de gato nocturno, ¿entendés? Le dije que no, que no entendía. Que tampoco le iba a creer así como así. Enrique sacó un paquete minúsculo y con una sonrisa triunfante me lo dejó al lado del pocillo ya frío de café. Para cuando lo abrí, él rascándose la ceja dijo, ella me la regaló para vos. Para el amor murmuró y dijo que vos entenderías. La sacó de entre las otras cajitas.

No intenté disimular la ansiedad, la abrí de un solo tirón. Como siempre era la más vacía, pero ahora un papelito nadaba en el fondo. Lo desenrosqué, tenía casi gastada las letras, decía "el pibe", lo di vueltas y vueltas. ¿Casualidad, no?, le dije a Enrique. Y un nudo se me atornilló en la garganta.

Enrique levantó los hombros indiferente. No sé viejo, pero eso lo tenía escrito de mucho tiempo. Esas cajas parecían de museo.

Inauguré ese día mi devoción por la noche y la magia de Buenos Aires. Solo en esa creencia uno puede suponer que Malena, sin recordar mi nombre, me había guardado como su amor. Que ella en esas pestañas de pájaro había sentido mi devoción, mis toses acaloradas.

Conocerla, ahora sé, fue inyectar el tango en mi sangre. Nunca se me despegó esa noche, ni el frío, ni los ojos de Malena.

Llevar a la Gran Malena a un cuento (que es pura poesía y sentimientos), dándole vida con las palabras, me quita las mías. Sé que es un cuento para lectores de "cierta edad", para los que nos gusta el tango, los que amamos a Malena, los que nos ubicamos con Enrique y Homero. Es un rescate del arrabal, la nostalgia, el territorio que conocemos. El recurso de las cajitas es ingenioso, la secuencia de la historia atrapa. El tono de las expresiones es el adecuado a la época. Yo podría decir que "resucité" mi devoción por la noche y la magia de Buenos Aires. Y me contagia las ganas de verlo publicado.

Noris Barro

Camándulas

María Paula Vettorazzi[13]

13 Argentina, de la ciudad de Río Cuarto, Córdoba. Seudónimo: Santa Bertinata. Asiste a diversos talleres literarios. En 2018 participó en la colección *Los veinte*, editada por SADE Río Cuarto. Escribió *Algo que vuele*, libro de cuentos publicado en 2019 por Editorial Cartografías.

Del Gatuso no podría decir nada malo, era un cliente pagador y siempre volvía. Además era un buen pibe, medio cachivache pero venía de una familia trabajadora. En sus épocas de racha, cuando la juntaba de día y después a la noche la duplicaba con la timba, solía tener reservada una pieza en el sanatorio privado que está sobre la ruta. Los lunes llegaba con su bolsito y se autointernaba durante uno o dos días, ponía el motor a punto y el miércoles arrancaba de nuevo cero kilómetros. Y si no iba, la cama quedaba armadita y lista para cuando él quisiera.

Del Tordo no puedo decir lo mismo. La primera vez que el Tordo cayó al bar pensé que era de bromatología, que lo mandaban la municipalidad o la cana, tenía toda la pinta de alcahuete. Se sentó y le pidió al Esteban un vermut, después lo rigoreó para que le dejara el sifón en la mesa. Tuve que salir yo a decirle que en mi bar eso no se usaba. No me mandó a la mierda porque a esa hora, en el pueblo, no tenés adónde irte a escabiar. Yo pensé que después de eso no iba a volver más, pero me equivoqué, porque siguió viniendo como si nada. Se aparecía cada dos por tres, vestidito de ambo y con el pelo tirado para atrás. Alguno siempre iba y le tiraba la lengua, pero el tipo daba vueltas y nunca decía bien a qué se dedicaba. No decía, por ejemplo: me dedico a la parte del corazón o soy de los que sacan a los bebés, y esas cosas. No. Siempre nos daba vueltas con palabras raras, sumado a que nosotros somos todos unos ignorantes y que ninguno se animaba a preguntarle bien. Una vez lo mandé al Tico, tenía que ser uno capaz de seguirle la charla. Hablaron un rato, de lejos daba la sensación de que el Tordo había entrado en confianza, que iba a boquear algo más, pero no: antes de terminar la charla le dio al Tico una palmadita en la pierna y le dijo "decile a tu jefe que no soy botón", o algo así. Ahí me di cuenta de que el Tordo no jugaba para nadie, que nomás jugaba para él.

Una noche apareció diciendo que quería entrar, que cuánto tenía que poner. Todos pensaron que era uno de los nuestros, pero yo no me la comí, primero porque era malo y, segundo, porque era el único de la ronda que no tomaba. No jugaba nada, pero era pillo y se mantenía sobrio. Para esa época, el Gatuso estaba en su peor momento, se había

fundido él y había fundido hasta a los suegros. Su señora laburaba de sol a sol lavando viejos en el hostal, pero nada alcanzaba. Lo que más tristeza daba era pasar por la casa a cualquier hora y ver a la nena del Gatuso sentadita debajo de una planta, con la panza y la boca teñidas por la granada. Después de jugar a los dados, el Tordo le tiraba unos mangos para que pudiera timbear un rato (como alguna vez hicimos todos), pero la relación entre ellos no pasaba de eso.

Las cosas cambiaron cuando el Tordo se instaló a vivir en el pueblo. Según parece, había empezado a tener más trabajo en la zona y, además, estaba escribiendo un libro. Cuando los muchachos le preguntaron de qué se trataba, él contó que era científico y que había decidido instalarse en el pueblo para terminar de una vez por todas (así dijo) el proyecto que lo iba a hacer ganar el Nobel de medicina, y los dejó a todos con la boca abierta. Después de esa charla todo se puso fulero: cuando el Tordo caía al bar, andaban muy preocupados por hablar bien, casi ni se insultaban, los que tenían campo le llevaban salamines y queso de chancho y hasta lo invitaban a comer con sus esposas e hijos; era una especie de ídolo decente. Esa fue la época en la que el Gatuso empezó a estar más cerca del Tordo: lo acompañaba al hospital, lo visitaba en su casa y hasta se instalaba con toda su familia cuando él se iba de viaje. No pasó mucho tiempo para que en el pueblo empezaran a circular los chismes de siempre: primero que eran pareja, que el Gatuso prestaba a su señora a cambio de plata, que vendían droga, que el Tordo tenía una clínica clandestina y que el Gatuso le hacía de enfermero. Yo me alegraba de verlo al Gatuso encarrilado, y a la nena tan pulcra y bien vestida, llena de voladitos.

En el bar, el Tordo me había mandado a unificar las cuentas: todo lo que tomara el Gatuso lo iba a pagar él a fin de mes. Antes de arrancar la ronda de póker, el Tordo lo llamaba a un costado al Gatuso y lo untaba con unos buenos mangos como para que tirara toda la noche. Los comentarios sobre el Tordo eran cada vez peores, pero yo no podía decir nada porque, para ese entonces, él era mi mejor cliente. Por dentro, en cambio, el tipo cada vez me cerraba menos. El día en que cumplí los años me cayó la ficha. Lo había dicho un viejo mal llevado que siempre venía al bar:

el que te saluda a las doce es Judas Iscariote. Cuando corté, no me paraba la cabeza de tanto hacer conjeturas: el Tordo era un camandulero, un trucho. Fue el calor o la idea; no pegué un ojo en toda la noche.

Al otro día, lo llamé al Gatuso para que viniera a tomarse un trago y a eso de las doce estaba acá, sobrio como nunca y lúcido, lúcido de más. No quiso tomar lo que le serví, me dijo que estaba asomando a su vida un nuevo despertar. Tenía las pupilas dilatadas y usaba un vocabulario que no se parecía en nada al del pibe de barrio que yo conocía, me hablaba de "experiencias", de los beneficios de la comida macrobiótica y del mejoramiento de la especie humana. Me asusté tanto que le ofrecí plata, le dije que se dejara de joder y que pagara de una vez por todas la deuda con el banco, pero me contestó que la deuda no existía más y al rato se fue.

A la noche lo encontré en la estación de servicio. Conversamos sobre el clima, la luz roja de un auto perforaba su blancura. Le pregunté con quién iba, me dijo que solo. Estaba pálido, pero sonreía, y fue raro porque en esa sonrisa yo percibí una especie de calma. Cuando se metió a la oficina a pagar, aproveché y me asomé por la ventanilla: llevaba a la nena envuelta en una frazada. Por la hora y según el sumario, a esa altura ya sin un riñón.

Calidad. En la redacción, en la historia, desde el inicio hasta el final. Ojos nuevos, otra forma de encarar lo que se quiere decir y lo que se guarda, la autora no se permite los errores en sus ambiciones, es su relato exigido, que nos lleva a la imagen del iceberg: asoma su presencia y oculta su peligro. Los personajes aparecen cuidados en la historia y dejan su huella, se unen para mantener el interés porque desconocemos sus realidades. Se vinculan en sus ambiciones oscuras, se muestran en el

retrato que nos revela con pequeños detalles, hay que estar atento en la lectura de indicios para desentrañar el argumento. Se llega sin pronósticos a la estocada final. Excelente.

Noris Barro

e-book

Trece cuentos para Ingrid

Concurso Internacional de Cuento Corto
Dra. Ingrid Waisman

Primer premio

María Fernanda Delaloye

Menciones

Estíbaliz Madrazo San Emeterio

Alejandro Manríquez Trajtemberg

Emilio Galdós

Florencia Sokol

Marcelo Galliano

Jeremías Asensio Marconi

Eva Lázaro Lafuente

Facundo Yedro

Eduardo Hugo Jaramillo Muñoz

Nanci María Noemí Vilalta

María Paula Vettorazzi

Ingrid Waisman fue una médica pediatra, científica e investigadora, nacida en Córdoba y radicada en Río Cuarto. Pero, además, fue miembro de la Comisión directiva de la Sociedad Argentina de Escritores y Narradores Orales (SADE) de Río Cuarto. Allí, ha dictado y coordinado diversos talleres de narrativa de la mano de Rubén Padula y Noris Barro.

En homenaje a esta destacada figura de nuestra ciudad, quien enriqueció el bagaje cultural riocuartense con su escritura —además de con sus importantes aportes en el campo científico—, es que la SADE decidió organizar un Concurso Internacional de Cuento Corto. Del mismo han participado más de mil doscientos escritores y escritoras de distintas partes del mundo, con ficciones de las más variadas temáticas y géneros. En la presente publicación, se incluye el cuento galardonado con el primer premio así como también doce historias merecedoras de mención. Trece cuentos seleccionados por un jurado compuesto por las escritoras Noris Barro, Lucía Maina Waisman y el escritor Rubén Padula.

SADE
Sociedad Argentina de Escritores
Sección Río Cuarto

UniRío editora
Secretaría Académica

Universidad Nacional de Río Cuarto
50 Años
UNRC

ISBN 978-987-688-449-5
9 789876 884495